

**MEMORIALIA DEL SOL**

**Enrique González Rojo**

**2000**

## HOMO FABER

I

Algunos creen que en cierta ocasión  
la divinidad (que normalmente trabaja,  
para diseñar sus entramados de ser,  
con la rueda de la nada)  
se inclinó al suelo  
e hizo con el cuenco de sus manos  
un vientrecillo de arcilla  
donde pudiera ponerse a ser  
el primer mocosito, confuso y angustiado,  
de la especie.  
Después dirigió una mirada a un espejo,  
con la intención de forjar a la criatura  
a su imagen y semejanza.  
Y al final, lanzó su aliento  
-airecillo de alma,  
volutas de conciencia,  
notas de la melodía infinita-  
sobre el trozo de barro.  
A partir de entonces,  
la carne fue otro modo de llamar a una prisión  
y la muerte otra forma de designar  
el fin de una condena.

Otros piensan que el hombre  
es quien a veces decide hacer suyas  
las manos de Dios.  
Que él es antes que nada un hacedor:  
hace mesas, casas,  
jardines,  
computadoras,  
sonatas para piano,  
dioses.  
Lo sobrenatural nace, para ellos,  
del delirio  
de las manos humanas.  
Brotan cuando las falanges  
modelan el barro del incienso  
hasta darle forma de deidad  
y llenan su casa  
con el don de ubicuidad de su perfume.  
O esculpen la arcilla de su propia materia gris  
hasta dar a luz  
el padre nuestro que estás  
en los sueños.

Los **mexicas**, con sus creencias  
antropofórficas, tan enraizadas  
en su cotidianidad  
-como árboles florecidos de constelaciones-  
se diría que dan la razón a los segundos.

Incluso al parecer concibieron en algún momento  
a un solo Dios.  
Se declararon huérfanos  
y volvieron los ojos al firmamento:  
la expresión **Tloque nahuaque** significa  
“aquel que tiene todo en sí”  
o, si se prefiere, “el ente responsable de lo que es”.

2

Arriba, muy arriba,  
existía un sitio llamado **Omeyotl**,  
“lugar de la dualidad”  
o también **Omeyocan**,  
“lugar donde reside la deidad creadora”.  
Patria del semen primigenio,  
ahí tenían lugar las perpetuas bodas de la simetría,  
el abrazo sin fin de donde viene  
la existencia.  
En él habitaba el **Ometeotl**  
cuya parte masculina se llamaba **Ometecutli**  
y **Omecihuatl** su parte femenina.  
El **nahoa** no podía concebir  
que “aquel que tiene todo en sí”  
sufriera de soledad y soltería en alto cielo.  
La suya, no podía ser  
una metafísica sin regazo.

Taller último de los óvulos encinta  
o de la dualidad que se pasea  
por todos los rincones de lo que es,  
el **Ometeotl** tenía dos personas distintas,  
aunque era un único Dios verdadero.  
Se trataba del misterio de la santísima dualidad,  
del Dios uno y doble  
o del ventrículo izquierdo y el ventrículo derecho  
del sagrado corazón.

## ***MITOLOGÍA DEL TIEMPO***

## PROEMIO

No es lo mismo crear una lombriz  
que una serpiente,  
una pajarita de papel aventada desde un árbol  
que una calandria,  
un jardín con su instalación eléctrica de cocuyos  
que un cielo tachonado de claraboyas  
que dan al más allá.  
¡Cómo va a ser lo mismo!  
Las pequeñas cosas,  
las que caben, por ejemplo, en la mano de un niño,  
las que estuvieron a punto de ser dejadas  
de la mano de Dios  
en algún suburbio de la inexistencia,  
o que pueden introducirse en una cajetilla  
de cerillos,  
no son hechura del dios supremo de los **mexicas**  
que vive en el palacio de su omnipotencia  
rodeado de una corte  
de designios inefables;  
son a lo más obras de una deidad endeble,  
precaria,  
anémica,  
hasta quizás con reumas en las manos  
y con una imaginación que al aletear  
se deshace entre las alas.

Las cosas grandes,  
las portentosas,  
las que ocupan los litorales exactos del asombro,  
las que pueden formar parte  
de cualquier catálogo de maravillas,  
exigen obligatoriamente,  
para meter los pies en la existencia,  
un dios de alto rango,  
elevado a la infinita potencia  
de lo sobrenatural.  
No es, pues, lo mismo idear una lombriz  
-que no sabe nada del cielo-  
que una serpiente emplumada  
que en veces aletea,  
ni es la misma deidad la que fabrica,  
verbigracia, dos cosas tan dispares  
como el verso que despliega por las ramas de un árbol  
algún pájaro  
y la prosa que en la tierra y en el lodo  
va empujando un gusano.

El Tloque Nahuague.

“el de la inmediata vecindad”,  
el a un tiempo habitante  
y vecino del todo,  
era demasiado dios para cosas,  
animales y hombres destinados

5

a encarnar en la insignificancia  
y bajo el signo de lo prescindible.  
Incluso no pocas deidades subalternas  
-estrellas, si,  
pero de pocas luces  
y parpadeos tendientes al cero  
de la oscuridad-  
resultaban indignas  
de sus divinas manos.  
¡Cómo malgastar su inspiración,  
su artesanía sublime,  
su fajo de ademanes preciosos,  
en divinidades de segunda  
que buscaban, entre el cielo y la tierra,  
en la mediocridad,  
un hueco donde acurrucarse!

#### El **Ometeotl**

creó a los cuatro dioses principales:

el **Tezcatlipoca** negro,

el **Tezcatlipoca** rojo,

**Quetzalcoatl**

y **Huitzilopochtli**.

Primera cosecha de divinidades,  
estos cuatro poderosos del cielo,  
eran, simultáneamente,  
criaturas y creadores:  
criaturas o herramientas del artífice absoluto  
para ya no tener que ocuparse  
del telar metafísico y su madeja de horas  
que produce bordados de líneas de la vida  
en todo lo habido y por haber.  
Creadores, cuando los cuatro grandes  
extendieron por el firmamento,  
como agricultores en la gleba divina,  
la constelación completa de dioses,  
el horóscopo del mito,  
amén de las cosas, los animales,  
los hombres y mujeres  
que le brotan como hongos a la palabra  
vida.

Si el **Ometecutli**, la parte masculina  
del primigenio dios dual,  
se hallaba arriba, en la techumbre azul,  
la **Omecihuatl**, su parte femenina,  
se encontraba abajo,  
asumiendo ambos la postura cósmica  
en que se redondeaban  
las urgencias y el goce,  
el apetito gemelo,  
el erotismo que bate las alas  
hasta poner su huevo  
en el nido del éxtasis.

Los dioses fundamentales, a su vez,  
 fueron distribuidos  
 en los cuatro faros de la orientación:  
Tezcatlipoca negro al norte,  
Huitzilopochtli (Tezcatlipoca azul) al mediodía,  
Tezcatlipoca rojo al este  
 y Quetzalcoatl (Tezcatlipoca blanco) al oeste.  
 Negro,  
 azul,  
 rojo,  
 blanco  
 eran no sólo las vivencias principales  
 del espectro,  
 sino el pigmento de los dioses que,  
 con la piel embadurnada con brochazos  
 de diversas fases del día,  
 fueron ganados para su respectivo reino  
 por cada uno de los colores  
 que después habrían de necesitar los inmortales  
 para pintarlo todo.

Dos de las deidades,  
Tezcatlipoca y Quetzalcoatl,  
 desde que vieron la luz  
 fueron encadenados por un odio  
 que tomó lecciones de eternidad  
 en el mismísimo cielo:  
 se diría que abrieron sus ojos  
 más que en dos cunas,  
 en dos trincheras distintas  
 y que estuvieron amamantados  
 por senos contrapunteados a muerte,  
 por el día y la noche,  
 por el arriba y el abajo,  
 por el cielo y la tierra,  
 por el águila y la serpiente.

Surgidos de vientres contrapuestos,  
 antípodos y enemigos,  
 o tal vez de las manos adversarias  
 del dios inicial,  
 nació, con ellos,  
 con su encono de vieja cosecha,  
 con su guerra mundial de cuna a cuna,  
 con su musculatura cebada por el odio,  
 el devenir del mundo,  
 sus choques,  
 sus cataclismos,  
 sus borrones y cuenta nueva,  
 sus recomienzos de nunca acabar,  
 la crónica,  
 en fin,  
 del antiguo relato en que lo efímero



7  
es la eminencia gris  
de toda historia.

## PRIMERO SOL

8

Urgía la presencia del sol.  
Era tal la oscuridad,  
el gigantesco muestrario de sombras,  
que los dioses no alcanzaban a ver las manos  
con que deseaban crear el mundo de piedras,  
estrellas, colibríes, lagartos  
y todas las metáforas del agua.

Urgía un sol.  
Un avispero de luz.  
Una voz que pusiera a los entes en su lugar,  
y zurciera el nombre de las cosas  
a las cosas.

Hipnotizado por el destino,  
**Tezcatlipoca**,  
siguiendo los vericuetos de la resolución,  
hizo a un lado a manotazos las tinieblas,  
fue en pos del horizonte,  
al sitio donde pronto se hallarían trabajando  
los telares y telares de la aurora.  
Se enroscó, ensimismándose,  
hasta hacerse de la grávida forma  
de una llameante esfera que lleva a todas partes  
ese mapamundi de luz que guarda en sus entrañas  
en incesante cambio.  
Se acurrucó en la entrepierna del oriente.  
Tramitó su propio nacimiento,  
vivió en el paladar su primer bocado de atmósfera  
y, con su itinerario al hombro,  
olfateó el tramo inicial de su camino...

Cuando nació a sus ojos,  
cuando se supo en su puesto de trabajo,  
cuando derramó por todo el mundo  
su luz partera,  
todas las cosas nacieron,  
picaron el cascarón del anonimato  
e hicieron que se asomara la cabezuela  
de su distinción recién nacida,  
pasando del caos caliginoso  
de la existencia fetal  
-en que hasta su futuro nombre andaba a tientas-  
a su alumbramiento de nueva criatura

con contornos definidos y fronteras visibles  
que dicen a grito pelado  
las diferencias en primera persona  
de su identidad.

**Tezcatlipoca** tenía un **nagual** o disfraz.

No era el águila que agujereaba el cielo.  
Ni la serpiente que en la frontera del amago  
hacía cascabelear su ponzoña.  
Se llamaba tigre desde que capturaba  
con las garras de sus ojos a su presa  
hasta que, afilando sus uñas en el hambre,  
arrancaba de un zarpazo  
el nombre de su víctima.  
Desde que emprendía un salto  
hasta dar en el centro  
de los más desgarradores alaridos  
o desde que, al deslizarse, lucía  
su piel astronómica, cercana y lejanísima,  
manchada con un enjambre de estrellas titilantes,  
hasta que se mostraba armado hasta los dientes,  
las patas, el diseño.

Por ahí, en los bosques, las grutas, las lagunas  
triscaban los gigantes  
nacidos de no sé qué delirio de grandeza de las manos  
de algunos de los númenes menores.  
Andaban como montículos errabundos y volubles,  
descomunales pero llorosos, despilfarrando miedos,  
estrenando miradas  
en las vírgenes niñas de sus ojos,  
interpretando los jeroglíficos de las nubes,  
caminando con la debida torpeza  
de una criatura formada sin ímpetus amorosos,  
arrastrando sus huesos de mamut enfermo,  
tropezando con sus propios pasos  
como árboles solícitos que hubieran percibido  
las voces y el reclamo exigente  
de veredas solitarias  
o que por nada o porque sí  
decidieran abjurar de sus raíces,  
levantar a dos piernas su deseo  
y correr hacia sus pies...

Nómadas, no sabían  
de las virtudes germinativas de la madre tierra,  
ni habían advertido la necesidad de roturarla,  
regarla de caricias, arañarla para que recordase su sexo.  
Nada sabían de la simiente y su proyecto de vida,  
de su presente encinta de promesa,  
de los trámites necesarios requeridos  
para que la potencia -que llega acompañada  
del agua en minatura de su semen-  
fructificara en acto comestible.  
Vivían de comer bellotas, flores, frutos

y las más diversas raíces de sabor oscuro.

Ante los ojillos encolerizados y deshechos en alas  
de los colibríes,  
y el temor precautorio encaramado  
en multitud de ardillas

que brincan a las más altas ramas de su miedo,  
los gigantes se agachaban o bajaban la mano  
hacia los árboles frutales  
y, revoloteando los dedos,  
acababan por dejar el ramaje,  
desierto e infructuoso,  
con oquedades de acíbar en el sitio  
que fuera de los frutos...

### **Quetzalcoatl,**

con ánimo rebelde,  
con un puño invisible a medio pecho,  
furioso de que el sol sólo mostrase  
-o dijera, en luz alta-  
las miserias de tamañas criaturas,  
miró al suelo,  
tomó un palo de madera  
que se amoldaba a la forma de su mano  
y al cuenco de su furia,  
y dio con él terrible bastonazo al dios oscuro  
que cayó como un rayo que se viene a la tierra  
con todo y firmamento...

La deidad, en el derrumbe,  
no halló cómo evitar  
la forma inesperada, brutal y dolorosa  
de advenir su desgracia.  
Ni supo conjurar  
la astucia con que el dios enemigo  
le arrebató los cielos de las manos.  
Vivió pues su descenso,  
su anonadamiento momentáneo de poderes  
que resbalaron de su cuerpo en la caída,  
su derrocamiento del trono  
-que se quedó sin dueño a mitad del infinito-,  
su efímero papel de estrella errante,  
su estridente desplome de dios herido,  
su caer al vacío bajo el peso creciente  
de su vértigo.

Cayó al agua.  
Al círculo concéntrico, infernal,  
reservado al infortunio.  
Se zambulló en su asfixia.  
Sofió con el oxígeno: una bocanada de aire  
llegó a ser para sus ansias  
la entrada al paraíso.  
Y estuvo a punto de sucumbir

si el tablón de un milagro -que improvisó su angustia-  
no hubiera venido en su auxilio  
con su reconfortante plática  
sobre la tierra firme.  
Chapoteó y chapoteó en los linderos mismos  
de su ansiedad.  
Y en la exaltación de su braceo,  
acabaron por desteñírsele  
los últimos vestigios amarillos y llameantes  
de su piel...

Vuelto tigre, acuerpado en su doble,  
husmeó la presencia y los pasos  
de los gigantes torpes  
que, asustados de todo  
-incluyendo sus palpitaciones-,  
pretendían ocultarse del peligro  
en los obvios e ingenuos escondrijos  
de sus miedos.

Enfurecido, adoctrinado por el caos,  
el tigre salió del espejo de sí mismo  
(como un humo a la búsqueda del llanto),  
se arrojó a los gigantes  
y con la voz de mando de un zarpazo  
les deshizo en jirones la esperanza.  
Devoró a los gigantes  
hasta reducirlos a las más pequeñísimas  
menudencias.  
Dejó la tierra sin pobladores,  
solitaria,  
con manchas de sangre,  
y un aire en que se desvaneció poco a poco  
el rumor en sordina de los ecos  
del gemir y el aullar de los colosos  
a quienes el corazón,  
niño de brazos,  
se fue a ocultar en las faldas de la muerte.

El cielo se mostraba como un hoyo  
perforado hacia arriba.  
Con un sol secuestrado  
y un aire sideral  
que movía y movía de su sitio  
pedazos de azabache

¿Abajo? La tierra,  
despoblada,  
protegiendo las montañas, los árboles,  
los ríos y el trino del zenzontle  
con cortezas de hielo.  
Despoblada,  
como un terrible infierno sin testigos,  
sólo con un aullar de dioses como lobos  
en algún horizonte.

¿Vacía? Sí,  
con un hacinamiento impenetrable de tinieblas,  
donde hallar un trocito de luz  
equivaldría a dar con una aguja  
en un pajar.

¿Poblada? Solamente por un tigre,  
por un felino dios que se desplaza  
-algodonadamente, de puntitas-  
(sin que la luz aluce sus deslices)  
como la parte más oscura y desvelada  
de la noche: la bestia  
anda como un espejo que hace suya  
la oscuridad ambiente, el humo negro,  
cósmico, que emerge cuando el sol  
es derrumbado y roto,  
cuando chisporrotea derrotado,  
y clandestinamente  
se oculta en un reguero  
de infinidad de brasas  
que encierran su tesoro a siete llaves  
de avaricia.

Al final se vislumbra  
sólo un rayo de luz  
sobre la superficie de la tierra.  
Para gritar su falta de esperanza,  
el rayo abre algún poro en algún sitio  
de su cuerpo;  
mas por ahí, de golpe, se introduce  
la oscuridad total del medio ambiente;  
el corazón, así, se le ennegrece  
y la sangre, con glóbulos sombríos,  
se le hace turbulencia de negrura  
que recorre su cuerpo,  
y este rayo de luz,  
el último en el mundo,  
pierde toda esperanza y, abatido,  
corre hacia las montañas a la busca  
de un lugar adecuado, maternal,  
para abrirse las venas...

## SEGUNDO SOL

**Quetzalcoatl** subió al escenario  
con la prestancia y los ademanes de ubicuidad  
del astro rey.  
No apareció en los cielos,  
como las estrellas,  
con un esplendor a cuentagotas,  
con mendrugos de sol  
y arenilla somnífica  
de luciérnagas titilantes que parpadean  
en ahorro de energía.  
Lo hizo en grande,  
con desplantes de primera causa,  
arrojando claridad  
-y pájaros  
y árboles  
y ríos-  
a manos llenas.

Su hechura más importante y espectacular fue el día.  
El día, el rayo que no cesa,  
que empezaba a gatear allá en el oriente,  
a desperezarse,  
a descubrir, alborozado, sus pies,  
a jugar a esconderse con los bosques,  
a chapotear con los ríos y lagunas,  
a cantar a voz en cuello con la brisa.  
El día, que era día  
desde que veía la luz  
en su placenta de rocío  
hasta que, fatigado,  
daba golpeteos a la almohada del poniente,  
se metía entre los zarapes del crepúsculo  
y perdía los ojos  
hasta la mañana siguiente.

**Tezcatlipoca**,  
testigo de las obras de su adversario,  
sintió saltar a su ánimo un ratón  
que se puso a roerle las entrañas.  
Vociferó y vociferó de envidia  
hasta que, afónico,  
no pudo ya soltar  
sino un gemido de sílabas enfermas  
en un ronco pianísimo.  
Enardecido por el odio, la furia  
y unas manos disminuidas  
por el tamaño de las otras,  
se acercó a **Quetzalcoatl**  
y lo derribó de un zarpazo...

El trono vacío,  
garrapateado por la sangre,  
fue ocupado de un brinco  
por el sátrapa negro del desorden.

En la meseta, el viento,  
calzando la inmovilidad del camino,  
o la indecisión de alguna de sus encrucijadas,  
apenas se movía,  
apenas movilizaba sus témpanos de aire,  
acorrulado por la indecisión.  
Dentro de sí,  
ahí donde la atmósfera se concentraba  
hasta formar su esencia,  
no había el menor indicio  
de apresar el cayado y convertirse en brisa...  
Pero de pronto,  
respondiendo a recónditos mandatos  
provenientes de no sé qué divinos  
trastornos mentales,  
el aire se hizo ráfaga,  
el soplo, acelerado, se hizo viento  
y el viento, atempestado por la muina,  
se entregó a la pasión aniquiladora  
de convertir las selvas en desiertos  
o en dejar y dejar a sus espaldas  
paraísos en ruinas.  
Cambió de sitio las montañas,  
dio manotazos sobre la orografía  
de nuestro valle.  
Le entregó las riendas del poder  
a **Molocatxin**, señor del polvo divinizado,  
y a un comité de salvación de polvaredas  
encontradas.  
Hizo que el lago,  
soliviantado por el vendaval  
-como abriéndole la puerta  
a una jaula crepitante de animales rabiosos-,  
lanzara al aire sus acerados colmillos  
de líquido feroz,  
su jauría de mandíbulas,  
sus tarascadas de espuma...  
Arrancó los árboles de cuajo  
permitiendo que las lombrices  
entraran en los nidos...  
A modo de culebra  
en permanente asedio de su cola,  
se convirtió en tornado  
-en círculo ambulante del infierno-  
que tornaba y tornaba sin cesar sobre sus pasos  
cuando se habían quedado a medio hacer  
sus destrucciones.

Hubo pájaros muertos.  
Guacamayas aplastadas



por un pacífico lagarto alzado en vilo.  
Ardillas arrastradas por la furia del vendaval  
hasta ser untadas en los muros.  
Jaguares que resistieron el golpe del huracán  
pero fueron poco a poco desmanchados por el viento  
hasta la bufonería  
de la desnudez.  
Rocas desmoronadas  
que, sumándose al proceso destructivo,  
afiliaron su granito de arena  
a la conspiración del caos.  
Chozas que volaron por el aire.  
Grutas que se precipitaron sobre las criaturas  
demandantes de refugio  
como las fauces de animales  
prehistóricos  
que saltan del pretérito al presente.  
A una madre la borrasca le arrancó su niño de pecho.  
Dos amantes fueron levantados en andas por la tormenta  
y acabaron ahogados en mares distintos.  
Todos los vientos de pronto  
adquirieron vocación de jauría  
y se dedicaron a la persecución  
de los humanos.  
Estos, pobrecitos,  
acosados por un tropel antropófago  
de rafágas,  
aunque sentían mordisqueados sus talones,  
no podían ir a la velocidad  
de su infortunio.

Intentaban guarecerse;  
"si fuéramos animales -decían-  
podríamos confundir el olfato  
cazador de hombres  
de este viento. Si lo fuéramos".  
Pero el vendaval olisqueaba su presencia,  
se introducía en sus escondrijos,  
y, tras de llevar a cabo, ceñidamente,  
sus labores de desorden,  
acababa por adquirir  
el ritmo austero, pausado, ceremonioso  
de la oración fúnebre.

Varios hombres y mujeres enloquecidos,  
sin saber a dónde ir y cómo protegerse,  
se escondieron en su remoto pasado,  
se convirtieron en monos,  
fingieron ser brutos, entes irracionales  
que, con saltos y chillidos, decían:  
"Aquí no hay más que cuerpos peludos,  
patas, colas, miedo,  
bestias que habitan sobre los escasos bosques  
que han sobrevivido  
al desarreglo mental de los aires".

Y el viento, por fin, pasó de lado.

## TERCERO SOL

A **Tlaloc** nada del cielo  
le era extraño,  
conocía su galería de azules,  
su jaula de estrellas errantes,  
su guardarropa de infinitos y cambiantes nubarrones,  
su revolcarse a veces en el polvo  
y su presentarse a continuación limpio,  
bien vestido,  
oloroso a jabón.

**Tlaloc**, como dios de la lluvia y el fuego celeste,  
en compañía de **Quetzalcoatl-Ehecatl**,  
dios del viento,  
no había dejado de visitar,  
deshollinando su milímetro,  
ningún rincón de la altura.  
La conocía como el astrónomo que carga en el plexo solar  
un hambre nunca satisfecha  
de infinito.  
En innumerables ocasiones  
se había dejado caer hacia la tierra,  
sin ningún paracaídas de copos de nieve,  
por el norte y el sur,  
por el este y el oeste.  
Nada del cielo le era desconocido.  
Ninguna estrella farfullaba  
en un idioma extranjero.

Cuando, por eso mismo, se le impulsó  
a que tomara el sitio del sol,  
no lo pensó dos veces  
-una en sí mismo y otra en su nagual-  
como le era costumbre,  
sino que, exaltado,  
cerrando el puño de su corazón,  
lo vio como un reto,  
un ascenso de grado,  
la posibilidad de codearse  
de tiempo completo  
con lo sublime.

Y ahí lo tenemos ya:  
empeinado en ser el astro campesino,  
despertando en la madrugada a la gleba,  
escondiéndose en las entrañas del gallo,  
que bate las alas,  
mira hacia el oriente  
y abre el pico.

Todo parecía hallarse bien,

como salido de las manos  
de un relojero.  
El águila semejaba volar por el trozo de noche  
de sus plumas.  
El ocelote lucía una colección de manchas oscuras  
como si su piel exhibiera la fragmentación o derrota  
de la noche.  
Todo parecía funcionar al dedillo.  
Al fin había mundo.  
Mundo hecho y derecho.  
Cabaña del ser.  
Pista de baile para los gerundios.  
El cuento de no acabar de las leyes naturales.  
Aire, tierra, fuego y agua  
para armar el rompecabezas  
de lo cotidiano.  
En la rama pautada de los árboles cantaban los turpiales  
y en la rama de sus trinos  
gorjeaban, aleteando, sus armónicos...  
Pero también, aquí y allá,  
confundido con los jaguares, los pumas y los tigres,  
**Tezcatlipoca** empleaba la luz del día,  
enemiga de secretos,  
para cazar y devorar a hombres y animales  
y continuar haciendo de las suyas  
en propiedad ajena.  
**Quetzalcoatl**, al verlo,  
se aposentó a las orillas del oído de **Tlaloc**.  
Los rumores de su voz  
impidieron que en el balar de sílabas  
se distinguieran las ovejas;  
pero algo le dijo  
-¿consejo, sugerencia, presión?-  
y el sol de lluvia cambió de estado de ánimo,  
desordenó su propósito  
y desató una lluvia de fuego  
contra el mundo.  
Ya no era luz o calor,  
o diluvio fraternal de caricias,  
sino piedras incandescentes, lava,  
material de infierno.  
Aquí producía un incendio. Allá animaba un volcán.  
Era un sol que disparaba su malhumor inflamable  
a todos los rincones de la tierra.  
Quemaba lagartijas. Achicharraba monos.  
Convertía en fósforos encendidos los colibríes.  
Rugía en el chisporrotear del fuego,  
a la búsqueda de un tigre...  
Los hombres, en medio de malezas  
que habían contraído la peste luminosa,

decían: "si fuéramos aves,  
y voláramos más aprisa que el humo de las llamas,  
podríamos escapar del calor genocida".

Los dioses oyeron estas plegarias  
nacidas a orillas del infierno  
y, piadosos e imaginativos,  
convirtieron a algunos de los hombres  
en águilas, cenizales, gaviotas, canarios  
(en fin, en todas las especies de pájaros existentes  
que en estampida vuelan  
del susto al firmamento)  
para darles la oportunidad de conservar la existencia  
y elevarse sobre las cambiantes fauces asesinas  
de las flamas,  
pues no hay un solo pájaro de fuego  
que no termine por ser, con todo y trinos,  
un puñado silencioso de ceniza.

Todo terminó como siempre,  
de igual manera,  
con un punto final agusanado:  
se oyó el ulular de la catástrofe  
y el portazo se escuchó en todos los rincones  
del universo.  
Pero la destrucción o el anonadamiento  
no fue abrupto,  
ínsito en un instante que surgiese  
tronando los dedos, sino poco a poco,  
recorriendo todos los trámites  
de la decadencia.  
Antes que nada llegó la desesperanza  
-en que los ojos se olvidan  
de ver el cielo.  
El entusiasmo cayó de bruces,  
dio en pleno desánimo,  
y soltó su fardo de ilusiones,  
proyectos, afanes, sueños a medio hacer.  
Las llamas de la hoguera  
-con un hambre infinita sin estómago-  
los fueron devorando hasta dejar bagazos  
de ceniza.  
Luego, el diluvio de fuego.  
Y con él, el tercer ensayo  
urdido por los dioses  
para crear el lugar de todos los lugares,  
el espléndido escenario  
donde el tiempo pudiera funcionar a sus anchas,  
sin contratiempos.

Nada quedó entonces.  
Sólo rescoldos apagados  
por ignoradas lágrimas.  
Sólo humo.  
Humo con pretensiones de ubicuidad.

Y unos cuantos gemidos que brotaban  
de las últimas brasas  
del mundo incinerado.



## CUARTO SOL

**Chalchiutlicue**, “la de las faldas de jade”,  
era hermana, según algunos, de **Tlaloc**.  
(Según otros era su consorte,  
en una edad de su libido  
distinta a la época en que contrajo nupcias  
con **Xochiquetzalli**, la diosa de las flores).  
Si aquél era el dios del agua que llueve,  
ella era la diosa del agua llovida.  
Si el primero era el señor de las tormentas,  
los aguaceros y las lloviznas  
(verdadero acto de molienda de las nubes),  
la segunda era la señora de los ríos, los lagos,  
las lagunas.  
En días, enojada, era la patrona de las inundaciones,  
las turbulencias, los remolinos, las vorágines  
y las lágrimas.  
Pero también,  
cuando su mal humor hallaba un nidal acolchonado  
donde apoltronarse y dormir,  
era la señora del agua dulce,  
del paladar agradecido  
y de la sed derrotada.

**Quetzalcoatl** logró imponer su decisión.  
Su palabra se incendió un momento  
y elevó su fuego de artificio sobre las demás.  
Las palabras de los otros númenes  
tuvieron que ir, humildemente, a esconderse  
con el silencio entre las piernas...  
**Quetzalcoatl** fue claro:  
**Chalchiutlicue** debía pasar a ocupar el lugar del sol,  
inaugurar una nueva época,  
deshollinar todos los sustantivos y adjetivos  
y hacer los remiendos necesarios  
para que el ser y el tiempo  
volvieran poco a poco a las andadas.  
Ella volvió los ojos a **Tlaloc**  
y, pertrechada del asentimiento  
entreverado en sus pupilas,  
aceptó el honor que se le confería;  
nombró partero de su reencarnación al oriente  
e inició su jornada hacia la noche  
-una noche y seguido-  
teniendo a la mañana,  
al cenit  
y a la tarde  
como estaciones de paso,  
mero cambio de faena  
de las manos laboriosas.  
Nuevamente el tiempo pareció ir viento en popa.  
Nuevamente los pájaros, los caimanes,  
las mariposas, los arcoiris, las lagartijas  
que embarran de prehistoria la corteza de los árboles

y un puñado de hombres y mujeres  
(que empezaron a discutir las diferencias  
entre lo finito y lo infinito),  
creyeron estar habitando el mundo confeccionado,  
ahora sí...en definitiva...  
por los dioses.  
Nuevamente el sol llevó la cuenta de sus días,  
sin dolencias cardíacas  
en sus corazonadas...  
Pero **Tezcatlipoca** puso al sol en entredicho.  
Lo vio con recelo.  
Pensó que un sol de agua  
no podía dejar de hallarse en permanente estado  
de evaporación.  
“El género femenino está bien para la luna”  
-se dijo.  
“Pero un sol femenino  
puede en cualquier momento interrumpir su curso  
para atender a alguna de sus crías  
nacidas al calor de sus devaneos  
con lo inflamable”.  
Puso entonces la primera piedra  
de la conspiración,  
convirtiendo en habitables las grutas  
de lo clandestino.  
Se introdujo subrepticamente,  
salvando la vigilancia de los **tlaloques**,  
en la estancia de los cuatro cántaros  
y los cuatro géneros de agua distintos  
de **Tlaloc**.  
Aprovechando un profundo sueño del dios de la lluvia,  
tomó su papel.  
Se vistió de azul,  
se colocó un collar de piedras verdes en el pecho  
y pidió un calzador para sus sandalias  
de espuma de mar.  
Y dictó entonces sus órdenes:  
“Que los ríos se desborden” -rugió.  
Y los ríos se convirtieron en lagunas,  
charcos sin entusiasmo, espejos.  
“Que los caudillos de las aguas  
dén la orden de avanzar” -relampagueó furioso.  
Y las inundaciones despreciaron  
las voces de los límites y el rugir de las fronteras.  
“Que todos los dioses ayuden a descolgar el cielo  
y arrojarlo a tierra”.  
Y el **Atonatiuh**, el diluvio, cambió el aire por el agua.  
La guacamaya quiso alzar el vuelo,  
aletear sus colores,  
pero un fuetazo de aire la arrojó a la laguna  
donde, ahogándose, halló su catafalco  
de agua.  
Los monos querían decir algo,  
pero, tosiendo, hallaron sus bocas  
llenas de agua.



Las arañas, los hurones, los chapulines  
-con sus resortes de hierba-,  
la joyería completa de gusanos,  
los pumas y los loros,  
el gato montés y su ron ron prehistórico,  
todos los animales  
fueron arrastrados por las olas,  
revolcados por la infelicidad  
y derribados de su trozo de existencia  
por los hachazos del agua.

Algunos hombres dieron a tientas  
con una plegaria:  
“Ay -decían- si pudiéramos  
convertirnos en peces”.  
La voz desgarradora saltó por las montañas,  
las nubes, los vientos  
y llegó a los oídos de diversas deidades,  
llegó hasta su tímpano y a los huesecillos  
de su compasión.

Un puñado de hombres y mujeres  
alzó los hombros e hizo caso omiso  
del diluvio y sus álgidas guadañas:  
convertidos en peces,  
en virutas recelosas y escamadas,  
en tatuajes inquietos,  
en todo ser viviente que se afirma  
en los lagos, los mares y los ríos  
hallaron la manera de proteger  
con las manos cerradas que formaba  
su nuevo cuerpecillo  
la chispa de existencia...

Nuevamente.  
Nuevamente los dioses habían fracasado.  
Nuevamente le encontraron el rostro a la vergüenza.  
Después del cataclismo, sólo había  
una guerra mundial entre las aguas,  
la nave fantasmal de la zozobra  
y una versión acuática del caos...

## INTERLUDIO

Se habían olvidado del sol.  
Para algunos de los dioses y los peces hombre,  
la edad de oro,  
perdida entre las penumbras del pasado,  
era una época en que los seres vivientes sabían de sus ojos  
y la luz no estaba racionada.  
Pero eso fue en tiempos idos,  
cuando el sol consultaba sin cesar  
su itinerario.  
Ahora, al finalizar el cuarto sol,  
reinaba el desorden y la confusión.  
En el lugar menos esperado era posible hallar  
culebras con cara de niño,  
ardillas con mariposas por orejas,  
guajolotes con mirada de araña,  
águilas que al aletear se venían a pico  
o se deshacían hasta no ser  
más que formas de vuelo,  
conejos con andares de palomas  
y pulgas, amaestradas por el hambre,  
en una suerte de espantoso festín de migajas,  
comiéndose a sí mismas.

El cielo se confundía con la tierra,  
lo líquido con lo sólido,  
el arriba había caído en brazos del abajo  
y ambos se desgarraban en litigios fronterizos  
y luchas intestinas.  
El agua y el fuego habían hallado  
la forma de convivir  
en lo húmedo y su pretérito caliente  
y en lo seco y su frío pasado.  
Pero **Tezcatlipoca** y **Quetzalcoatl**  
se hallaban en cotienda permanente,  
representando el drama universal  
de la unidad y riña de contrarios,  
la pugna cuerpo a cuerpo  
de puntos de vista  
egoístas,  
divinos  
e irreconciliables.  
La muina de nunca acabar.

Los dioses cayeron en cuenta  
de que había que ponerle un hasta aquí  
a la mezcla,

a la anarquía,  
a la locura de la gramática,  
a una naturaleza que llegaba a las manos consigo misma,  
al amasiato de los polos que forman

lo imposible.  
Basta ya -se dijeron.  
Basta, basta.

Por primera y única vez  
**Quetzalcoatl** y **Tezcatlipoca**  
pusieron a dialogar y a negociar a sus músculos.  
Dejaron de verse,  
como se miran,  
en sus días de obsesión,  
la duda y la fe;  
armonizaron sus esfuerzos  
y pusieron sus corazones en el pecho común  
de una neutralidad provisoria.  
Ambos se transformaron en simientes,  
ambos se sepultaron en la tierra,  
ambos se convirtieron en árboles,  
ambos se sometieron al lentísimo ascenso  
por sus peldaños verdes  
de la germinación.  
Así, pudieron despegar el cielo de la tierra.  
Así, les fue dable irlo irguiendo poco a poco  
con el esfuerzo mancomunado de sus divinos ramajes  
donde anidaba  
-también poco a poco germinando-  
un idéntico propósito.  
Así, pues, pusieron el cielo en su sitio,  
en su casa obligatoria: el arriba,  
en su terruño natural: lo lejano.  
Rompieron el desorden,  
las cosas corrieron a colocarse  
en sus debidas diferencias.  
El agua y el fuego,  
lo frío y lo caliente  
volvieron a descubrir sus puños  
y se arrojaron miradas de odio.

Mas las deidades se habían olvidado del sol.  
El **Tloque Nahuaque**,  
los cuatro dioses primigenios  
y toda la comunidad de divinidades  
no podían continuar viviendo a oscuras,  
tropezando unos con otros,  
y todos  
con su indecisión,  
con la manquedad de su apatía,  
con una imaginación que confundía el huevo de su gestación,

apenas picoteado,  
con una jaula esférica y compacta.

Basta ya -se dijeron.

Basta, basta.

Y adivinando a **Teotihuacan**,

su ciudad, ya cercana,

se pusieron a urdir entre los dedos

la forma de dar a luz

el sol,

un sol definitivo que jamás

diera de bruces y mordiera el polvo.

## QUINTO SOL

Había que crear otro sol.  
La oscuridad no se cansaba de exigirlo.  
Uno de los dioses,  
volviendo consciente  
lo que estaba en el ánimo de todos,  
dijo:  
“Hay que crear otro sol,  
otro rumbo, otra edad, otro sueño.  
Había que...”.

Con actitudes y desplantes de luz,  
con ostentosos ademanes de futura aurora,  
**Tecuciztecatl**,  
arrellanado en fingimientos,  
hizo oír su palabra:  
“Yo tomaré el cargo de alumbrar el mundo”.  
Lo dijo así, sin medir las consecuencias,  
los manotazos del futuro  
y el sabor a peligro que le amargaba la boca.  
**Nonoatzin**, el buboso,  
el cargado de tumores que conspiraban  
contra su divinidad,  
contra su tejido de células eternas,  
aceptó también el reto,  
y lo hizo con la resolución a flor de piel,  
sin buscar escondrijos en ningún subterfugio.

Pero, al aproximarse  
los señores del cielo voluntarios,  
a la pira crepitante y amenazadora,  
el temor sacó a puntapiés de sus corazones  
los demás sentimientos,  
ideas, petulancias.  
Y una túnica formada tan sólo de temblores  
recubrió a las deidades  
de los pies a la cabeza.

Ambos dioses,  
con los ojos cremados por la mirada,  
tenían a sus pies, a su resolución,  
a su zozobra,  
un hogar embravecido,  
con voces de ultratumba  
y rugidos de caos,

donde hallábase hirviendo  
el deseo voraz de hincar las flamas  
en cualquier divinidad  
para dejarla, como bagazo crepitante,  
convertida en basura de memoria,  
desfalcada de todos sus poderes  
o su patrimonio de potestades,  
sin carne, sin historia,  
sin la seguridad y sus raíces,  
a la espera del golpe de aire  
que la barrera hacia la ausencia.

El primer dios, amedrentado,  
sitiado por sus propias palpitaciones,  
dio un paso atrás:  
al acercarse al fuego tomó conciencia  
de que las más inflamables de sus pertenencias  
eran la intrepidez y la valentía,  
bajó la cerviz ante sí mismo  
y volvió la espalda a su futuro.

**Nonoatzin**, en cambio,  
temerario,  
desenfundado el arrojito,  
doblándole el brazo a cualquier titubeo,  
se acercó al sacrificio.  
Dio un paso adelante,  
cerró los ojos hasta hacerlos desaparecer,  
le pisó los talones a la gloria  
y se dejó caer en esa matriz en llamas  
que bullía en el brasero.

**Tecuciztecatl** hubo de seguirlo,  
como la vergüenza que, arrastrándose,  
tiene que enmendar sus pasos  
e ir en pos, cabizbaja, del derrotero  
de la acción ejemplar.

Una vez engullidas las deidades,  
más que el fuego en la pira, fue el milagro  
quien dejó a las espaldas su humareda...

## II

El sol y la luna,  
**Nonoatzin** y **Tecuciztecatl**,

surgieron de la matriz en llamas.  
Imposible describir lo sucedido con los dioses  
desde el acto de arrojarse al brasero crepitante  
hasta el instante en que el firmamento,  
con una rúbrica enmarañada de rayos,  
tornó a escribir su nombre.

Imposible describirlo, porque el arcano  
emplea, para manifestarse,  
las más abigarradas inscripciones  
de oscuros jeroglíficos.  
No obstante -y en este locución el optimismo  
halla siempre acomodo-  
algo podemos decir:  
que, por ejemplo, el fuego de la pira  
le quemó a las deidades toda forma impura,  
irregular y mundana,  
para ubicarlos en el mundo incorrupto  
de la geometría...

Surgieron de la matriz en llamas,  
con algún enfriamiento de placenta,  
allá en el oriente,  
a la orilla del ser,  
para que podamos distinguir  
las mayúsculas y las minúsculas  
que estructuran el mundo.

En realidad se aposentaron en el espacio  
como dos soles: si **Nonoatzin** había brillado más  
que **Tecuciztecatl** al momento del sacrificio,  
ahora, con un gran esfuerzo, como pujando luz,  
el segundo brillaba con la misma intensidad  
que lo hacía su camarada.  
Dos soles, rebosantes de resplandor y orgullo,  
que esparcían la indiscreción de sus rayos  
tanto en las grutas donde se refugiaban retazos de la noche  
o en los árboles donde las hojas pugnaban heroicamente  
por impedir que la claridad, agresiva,  
diera picotazos mortales a su sombra,  
como en la férrea privacía  
de las nueces  
o en la axila pudorosa  
de alguna  
de las deidades.

Además la luna brillaba tanto  
porque era el espejo donde se reflejaba el astro rey  
-un astro que, sometido a la práctica de la reencarnación,  
se hacía cada vez más ubicuo, rutilante y entrometido.  
La luna de plano se había instalado en el canal del deslumbramiento  
con la única basura en la pantalla  
que la que podría ponerle el parpadeo  
de los dioses.

Las deidades, molestas con el astro menor,  
indignadas con su pretensión de igualar al otro  
en luminosidad y presencia,  
pensaron en darle el destino  
de la mariposa que,  
revoloteando en redor de su agonía,  
entra al reino de las sombras  
por la rápida vía de un aletear inútil  
de ceniza.

Pero necesitaban de ella, de su insomnio,  
de su fulgor desvelado,  
para alumbrar la noche  
y hacer que la oscuridad  
-aunque el plenilunio queme en alto cielo  
sus ansias de bochorno-  
fuera sólo una conspiración  
de cuervos en vuelo, de bocas de lobo  
y de párpados fatigados.  
Le arrojaron entonces ese conejo  
que se descubre en su superficie,  
si bien se mira,  
comiéndose pastizales de resplandor,  
alimentándose de los excesos de luz.

El sol y la luna se hallaban también inmóviles,  
a lo largo y a lo ancho  
del sitio excto en que se hallaban en el cielo,  
lo cual traía consigo  
la permanente amenaza de incendiarlo todo,  
ya que el fuego que se detiene en un punto,  
lo primero que hace es incinerar  
ese punto.

Insolado, **Quetzalcoatl** quiso remediar las cosas.  
Convertido en **Ehecatl**, empezó a soplar y soplar  
sobre los astros



y es preciso abonarle a su gloria  
que pudo hacerlos avanzar  
por lo menos los puntos necesarios  
para hacer un prodigio.

Pero este no era el medio pertinente de locomoción  
de los astros. No, no lo era.  
Así como los pulmones y el estómago de los humanos  
requieren del oxígeno y el maíz  
-para no hablar de otras delicias  
que los hacen sentirse,  
aunque sea de entrada por salida,  
en el paraíso-  
el sol, y también la luna,  
necesitaban dar con su alimento natural.  
Su movimiento no podía nacer  
del impulso exterior de los empujones de aire  
o del beneplácito y la salud pulmonar  
del dios del viento,  
sino de una cierta dosis de energía  
que debía integrarse a sus estructuras  
(como el néctar de las flores  
a los picos de la astucia)  
y generar en su interior  
una gula insaciable de centímetros...

Algún dios  
con los culebros de la insinuación,  
se acercó a ellos con un recipiente  
rebotante de contenido bermejo,  
de ese líquido que también se veía en la necesidad,  
como los soles,  
que moverse y moverse, pequeño mar atormentado,  
para no coagularse.  
Era sangre,  
manjar de zancudos y murciélagos,  
vampiros y dioses.

Era sangre,  
El sol halló la sed entre sus pertenencias  
y golosamente,  
en los linderos del atragantamiento,  
se la bebió de golpe.

Una vez que hubo saciado su sed,

se sintió arrebatado, vigoroso,  
florecente de músculos,  
galardonado con la omnipotencia.

¿Pero de dónde obtener esa ambrosía,  
ese alimento que convertía al sol  
en carromato de fotones,  
en pájaro de alta tensión,  
en bólido que corre hacia el poniente  
para tramitar,  
como mago entre millares de fuegos de artificio,  
su resurrección?

¿Dónde hallar su sustento?

¿La planta de energía que le permita  
cumplir con su faena,  
con el sinfín de obligaciones  
que le hormiguea en sus manos?  
No cabe duda: ese líquido se esconde  
en el cuerpo de los hombres y mujeres,  
en la carne doliente,

frágil,

deteriorable

que derrama su contenido  
a la primera quebradura o herida que le inflingen,  
y en el ánfora sensible  
que guarda a siete llaves de epidermis  
el divino licor que produce  
la ebriedad de la existencia.

### III

Hacia falta el hombre.

Ahí estaban el sol, la luna, las estrellas  
y los sapos.

También el aire y el erizo de mar.

Y también, desde luego, los monos araña  
llenando las ramas de los árboles  
con la telaraña de sus movimientos.

El hombre y la mujer brillaban  
por su ausencia:

los huecos que ocuparían en el espacio  
olían a nostalgia.

Los viejísimos intentos de forjar a los humanos

se habían venido abajo:  
gigantes,  
hombres empujados por el viento  
a su pretérito de monos,  
criaturas que se encaramaban a unas alas  
para escribir su gramática de trinos,  
seres que fueron arrojados a las aguas  
y convertidos en peces por una agua violenta  
y un oxígeno envenenado,  
mostraban  
la historia verdadera  
y debidamente documentada.  
del fracaso de las manos divinas.

Hacía falta el hombre.

**Quetzalcoatl** cayó en cuenta de ello  
apenas vio un crepúsculo,  
un mar embravecido que chocaba  
con el **hasta aquí** insobornable de los acantilados,  
un riachuelo que arrastraba pequeñas sílabas sonoras,  
y aquí, en lo minúsculo, un acrobático salto  
de ese juguete biológico sorprendente  
que es el saltamontes,  
y supo que todo ello era poesía,  
poesía solitaria,  
sin lectores,  
sin testigos,  
sin poetas.

Hacía falta el hombre  
y Quetzalcoatl tomó la decisión  
de construirlo.

No en vano él era el **teyocoyani**,  
el inventor de criaturas.

Tenía, sí, bellas ideas:  
había que hacerlo fuerte, bello,  
inteligente, sensible,  
capaz de deletrear el infinito  
y de reconocer que sus manos  
han sido hechas esencialmente  
para ayudar a su prójimo.

Pero le faltaba el material con que inventarlo,  
los adobes,  
la tibia y el peroné,  
el fémur y el espinazo, en fin, los “huesos preciosos”.

En compañía de **Xolotl**,  
su doble, su nagual de la guarda,  
su dios suplente,  
bajó al **Mictlán** un día,  
al galerón caliginoso  
de las respiraciones disecadas.  
Su viaje al reino de los muertos  
buscaba hacer al hombre,  
constuir un cerebro  
y todo el pedestal que se requiere  
para cargarlo.  
Iba en pos de los “huesos preciosos”,  
de las perchas en que podía cargar la carne,  
las primeras vértebras  
para izar la torre de la curiosidad  
y el edificio de la angustia.  
El **Mictlantecutli**  
le arroja al dios, entonces,  
un puñado de obstáculos a los ojos,  
pruebas,  
trabajos,  
rompecabezas de acción,  
resueltos sólo por el sudor de su frente  
y la fuerte ligereza de conejos  
de sus brazos.  
Le dice: “Haz sonar el caracol  
y da vueltas cuatro veces  
alrededor de mi círculo precioso”.  
Pero el caracol carecía de hoyos  
y acababa por ser un calabozo  
para cualquier aliento  
que lograra introducirse en su interior.  
Y Quetzalcoatl, por más que soplabá  
no pudo esculpir una sola nota musical,  
un solo armónico de seda,  
como si un ave hubiese nacido  
en un huevo indestructible.  
Convocó Quetzalcoatl a los gusanos,  
demandó la presencia de los abejorros  
(las abejas escritas en mayúscula)  
y ellos horadaron el caracol,  
crearon los orificios  
para dulcificar el aire,  
volverlo melodía,  
permitir a los divinos pulmones

ascender, alpinistas, a la cumbre del agudo  
de su cantar victoria.

Tras de dar **Quetzalcoatl** cuatro vueltas alrededor  
del círculo precioso del **Mictlantecutli**,

éste dijo nuevamente:

“De veras se lleva **Quetzalcoatl** los huesos preciosos?

“De veras tiene “huesos preciosos”  
en su corazón?

Dioses, id a hacer un hoyo”.

Y los dioses descarnados hicieron un agujero en la tierra.

Lo cubrieron con ramas inocentes,  
la fachada mendaz de toda trampa.

Ahí dio de bruces **Quetzalcoatl**.

Y su corazón,

que jamás palpitaba mordiéndose las uñas,

que nunca sufría un castañetear de latidos,

se sintió apresado por las manos del polvo,

casi casi sin poder latir,

mientras su respiración divina

se fue desvaneciendo

como una mariposa de aire

que le devuelve sus alas al creador.

Mas la serpiente emplumada

resucitó de entre los muertos

al tercer aleteo de sus plumas.

Fue entonces, en compañía de **Quilaztli**,

su comparte femenina, su parte flor,

nuevamente por los “huesos preciosos”.

Él y su consorte

separaron los huesos:

los masculinos en un sitio,

los femeninos, siempre a su vera,

en otro.

**Quetzalcoatl** se desnudó cintura abajo,

elevó los ojos,

hirió su propio miembro

y roció los huesos

con el semen más rojo de su vida.

Formó así dos esqueletos

que, convertidos en imanes de células,

recubrieron, pudorosos, sus desnudeces óseas

con una epidermis friolenta

y avergonzada

que halló en el taparrabos la prudencia

del ocultamiento.

**Quetzalcoatl** dio pie,  
durante el quinto sol que brilla hoy en el cielo,  
a las criaturas,  
a los primeros hombres: **Oxomoco** y **Cipactonal**,  
que nacieron con las primeras letras  
del alfabeto entre los labios  
y con unas alas invisibles  
como marca de fábrica.

En verdad, hacia falta el hombre.

#### IV

**Oxomoco** y **Cipactonal** se vistieron  
Habían nacido cobijados tan sólo de belleza.  
Eran, sí, de buen ver,  
de espléndida factura, y se hallaban felices  
de roer el trocito de atmósfera que le tocaba a cada uno.  
Pero no sólo de oxígeno vive el hombre,  
no sólo hay voces y demandas que vienen  
de los pulmones,  
sino que en el cuerpo humano hay palabras,  
arrumacos, exigencias y gritos  
que se originan en el estómago.

**Quetzalcoatl** pensó: “si ya los astros  
hallaron su ambrosía en la sangre,  
si ya los dioses hemos descubierto en el chocolate  
(poesía de la lengua),  
nuestra pasión,  
nuestro manjar sopeado con mendrugos  
de regocijo,  
nuestro momento humeante, dulce y de sabor sublime  
de olvidar compromisos y deberes,  
también el hombre necesita dar  
con su sustento”.

En esto se hallaba pensando,  
cuando vio a una hormiga que,  
dirigiéndose a un monte cercano  
a **Teotihuacan**,  
cargaba fatigosamente  
el pequeño milagro descomunal

de un grano de maíz.  
Iba atareada,  
diligente,  
saliendo a su safari de milímetros,  
sin saber que cargaba en hombros  
el secreto de la especie humana.

**Quetzalcoatl** acarició la idea  
de colocarse el vidrio de aumento de la atención  
en la vista,  
y darle a sus dedos  
la forma de pellizco,  
para asir a la hormiga  
proletaria.  
Pensó que valía la pena  
despojar a esta minucia de **tameme**  
del cofrecillo de tesoros  
que cargaba a cuestras,  
con destino a los almacenes y alhóndigas  
del hormiguero,  
y que sólo puede abrirse  
con una ingeniosa combinación  
de tierra y agua,  
cuando la hormiga,  
roja de fatiga,  
se metió en un agujero del monte,  
se hizo invisible,  
como si se internara  
en uno de sus ojos,  
y se perdió en una especie de cráter en miniatura  
que de vez en vez,  
atragantada de humo,  
soltaba su vómito de insectos.

**Quetzalcoatl** se arrojó a ser hormiga,  
viruta de ser,  
criaturita capaz de penetrar cualquier secreto,  
gota de agua presta a introducirse por algún resquicio  
de lo impenetrable.  
Así, con ese artilugio,  
con este juego de manos ontológico,  
con esa mañosa forma de poner en jaque  
a lo imposible,  
salvó, subrepticamente,  
el umbral del agujero,  
se codeó con otras hormigas,

paso por ser una de tantas,  
esperó pacientemente a que llegase  
la hora del descuido  
y, zas, sustrajo un grano de maíz  
de esta troje sepulta  
y egoísta.

Lo dejó en las manos de **Oxomoco** y **Cipactonal**.  
Con la voz de barítono del padre  
le narró las virtudes del maíz,  
de la siembra, la lluvia  
y el milagro.  
Ellos, así,  
en el panal de leche de un elote  
mamaron la existencia  
y encontraron la carne  
de su carne.

## V

Lo perfecto es un éxtasis de nunca acabar.  
Por eso no existe  
o, por lo menos, no tiene, no puede tener,  
no es concebible que tenga,  
una existencia de tiempo completo  
o que abarque la eternidad  
de cabo a rabo.

Sin embargo, a veces...  
pocas es verdad...pero en ocasiones...  
parece haber enviado a su hijo a la tierra  
para hacer que las cosas  
marchen,  
funcionen,  
llevando al dedillo de lo inimaginable  
su programa.

En el Quinto Sol todo parece discurrir  
a las mil maravillas.  
Arriba existen trece cielos  
cumpliendo,  
con la sabida indiferencia de lo sacro,  
su callada función  
de vigilancia,  
orden  
y consuelo



a control remotísimo.  
En medio está la tierra cultivada  
donde se cosecha el maíz,  
el algodón,  
el chile,  
el frijol  
y en sus mil y una maneras  
las manos campesinas.  
Un reloj puntual da la hora  
de seguir adelante,  
mientras tiene a su vera  
un cesto de basura para poder arrojar  
los tic tacs que nacieron envejecidos,  
la caja de música del croar de la rana  
las noches de deseo  
o el impúdico aullar del ser humano  
en los peñascos del insomnio.

Abajo, en el **Mictlan**,  
un sinnúmero de fantasmas  
viven en la sombra de su cuerpo  
el trámite final que se requiere  
para volverse nada.  
En el espacio se mueven el sol y la luna.  
Todo lo que es  
se encuentra perfectamente ubicado  
-como ajustado por los dioses-  
en la tierra,  
en el cielo  
y en todo lugar.  
Y los hombres se dedican  
a las ciencias y a las artes,  
a intercambiarse, románticos,  
menudencias de corazón  
y a matarse como Dios manda.

¿Pero nos es dable decir que el actual  
es el sol definitivo?  
¿Y que éste, como los ángeles,  
nació pero no morirá,  
o que tiene la eternidad a su frente  
(sin la voracidad del sepulcro)  
y el tiempo a sus espaldas  
(con la cuna o el vientre de mimbre  
donde el primer momento de la vida  
gimoteó entre pañales)?

¿Hemos de pensar esta vida, esta era,  
este orden en los cielos y en el mundo,  
esta disposición incluso de los órganos internos  
en el cuerpo,  
como un convoy que corre sin tropiezos ni reposo  
por el carril de fierro de la eternidad  
o así como decimos, con el clásico, que el sueño,  
es “muda imagen de la muerte”,  
debemos asentar que el crepúsculo diario  
es sólo la imagen,  
la metáfora,  
el cotidiano recordatorio  
de la convulsión,  
el sismo,  
el cataclismo destructor  
que el día menos pensado  
-en el **4 temblor**, por ejemplo,  
que decía el sacerdote azteca,  
el **tlamacazqui**-  
hará que el sol que hoy nos alumbra  
pierda el paso,  
sea de nuevo destruido,  
hecho jirones,  
pulverizado en millones de luciérnagas,  
en mendrugos de nada,  
de un zarpazo,  
de un furor del que no tenemos noticia,  
de un imprevisible desarreglo de las leyes  
o de un síncope solar desconocido?

Y si es así,  
y aunque vengan más soles y más soles,  
¿no debemos decir  
que ayer, mañana, siempre,  
por los siglos de los siglos  
-sin el amen que trae la subrepticia  
vocecilla del sueño-  
el Espíritu del caos flotará  
sobre la faz del abismo?

## SOL DE AGUA

Los tlaxcaltecas decían  
que los humanos que sobrevivieron  
al atonatiuh, al diluvio,  
quedaron transformados  
en monos,  
como si el temor al agua los hubiera  
hecho dar un salto hacia atrás.  
El vello les surgió en todo el cuerpo  
-y no únicamente en tales o cuales islotes erógenos-  
para cubrir su tronco  
del frío, de la humedad y del agua  
de no acabar,  
fría,  
calculadora,  
con despotismos de cielo.  
Los ojos se les achicaron,  
tomando el lugar de sus pupilas,  
para ya no ver lo que pasaba a su alrededor.  
Como ya no les era dable cargar a dos pies  
el peso cada vez mayor de su inteligencia  
-los kilos y más kilos de una materia gris  
alimentada de mundo-  
se encorvaron,  
doblegaron la cerviz  
de su lógica,  
anduvieron a cuatro patas  
y sintieron cómo se les ahogaban en la cabeza  
sus razonamientos, sus cálculos,  
sus más acerados silogismos.  
Perdieron el habla. El agua se les metió en la boca  
y les anegó los vocablos.  
Oraciones completas, sin saber nadar,  
fueron sumergidas en sus cadáveres  
de silencio.  
Cierto que la lengua protegió su propia vida  
con movimientos de pez;  
pero cuando las aguas se retiraron,  
se quedó quietecita,  
sin consultar en el diccionario  
del paladar  
qué voces deberían saborearse  
para comunicarse.

Los tlaxcaltecas decían que,  
no obstante,  
fueron poco a poco,  
siglo a siglo,  
los humanos

recobrando el habla y la razón,  
bajo los auspicios de un tiempo  
que, al reto de la montaña,  
busca pacientemente  
-alpinista de sí mismo-  
esculpir poco a poco la forma de la cumbre.

Hoy los hombres  
seguramente nada recuerdan  
de las viejas desgracias.  
Aunque lo que sucede  
de cuando en vez adentro de sus ojos  
quizás no sea sino el esporádico resurgimiento  
de pequeños charcos de diluvio.

## REFLEXIÓN

¿Qué viento era ese  
que arrancaba de cuajo los árboles,

dejaba sin plumas a los pájaros  
fusionados con sus patas al ramaje  
para recibir la savia,

turbaba el agua de los lagos  
hasta el delirio espumoso

y dispersaba a los macehuales hasta convertirlos en monos?

Era un símbolo.

Una metáfora.

Una voz de alerta que nos dice  
que los humanos podemos involucionar,  
hallar un pasadizo a la prehistoria,  
desdecirse del presente.

Los gruñidos nos están esperando.

## EN TEOTIHUACAN

Si los dioses tuvieron que hacer tantos sacrificios  
para remodelar el cielo, restaurar las estrellas  
y dar con el secreto  
que ayude a refuncionar el infinito,  
si sólo así pudieron escribir en el aire  
el dístico de oro  
del día y de la noche  
-rimado por la luz del sol y de la luna-  
cuánto más tendrán que hacer  
las criaturas del alba, los visionarios,  
los urgidos de cambio,  
los que tiene en la orden del primero de todos los días  
incinerar de una vez por todas  
sus imperfecciones.

## LA CAÍDA

Como a tantos y tantas  
después de que habló Zaratustra,  
como al hombre que descubre el resorte imaginario  
de todo espejismo,  
o como, en fin, al que esto escribe,  
a la mitología nahuatl  
un día se le cayó el cielo...

No hubo manera de detener el derrumbe;  
el cielo, admirador de la lluvia  
y su aptitud de cercenar distancias  
y remojar cercanías,  
leyó la escritura de las nubes,  
y atraído por el espacio, se vino abajo.

Un toldo.  
Sí, los nahoas veían el cielo como un toldo.  
Los dioses, al hacerlo  
--para que los hombres no quedaran  
a la intemperie--  
no previeron que el firmamento se desplomaría  
para cohabitar con la tierra  
y engendrar el caos.

El caos, es decir  
el ámbito donde tiene lugar  
el descuartizamiento de todas las palabras,  
y en que los límites, nonatos,  
se desplazan como pequeñas larvas  
en medio del desorden.

Al ver tamaña destrucción  
los cuatro dioses primordiales,  
hijos de **Tonacatecutli** y **Tonacacihuatl**  
abrieron cuatro caminos debajo de la tierra  
para acceder a la superficie,  
para respirar,  
darle un golpe al oxígeno  
y recuperar las fuerzas.  
Crearon cuatro hombres fuertes,  
hábiles,  
hinchidos de músculos.  
**Tezcatlipoca** se convirtió en el gran árbol  
llamado **tezcacahuitl**  
y **Quetzalcoatl** encarnó en el denominado  
**quetzahuexotl**.  
Los dioses árboles, con auxilio de los hombres,  
germinaron y germinaron hasta alzar el cielo  
y colocarlo en el sitio en que hoy se encuentra.

Todo volvió al orden.  
El sol, la luna, las estrellas,

el viento y la poesía.

Hubo tierra para la flor.  
Y pulmones para el canto.



## LA INTERRUPCIÓN

El viento no puede ser enjaulado.  
No puede serlo, no,  
como si hubiera nacido en alguno de los vientres alados  
que cyelgan del ramaje,  
sufriese el acoso de ligas y de balas  
y fuera víctima del ave de rapiña  
de una horqueta.

El viento es una de las acepciones de la palabra libertad,  
sinónimo de autonomía,  
metáfora de reciedumbre,  
parónimo de cualquiera de las alocuciones  
que acaban por echar raíces en la tierra.

El aire se insolenta en todas partes:  
busca semejanzas con la locura que logra adueñarse  
de un látigo,  
coincidencias con la furia,  
ideología común con el desorden.  
Estalla a diestra y siniestra:  
en los labios,  
en el suspiro que pulveriza el mundo del vilano  
con su golpe de viento en miniatura,  
en la selva tropical y en el desierto,  
en los océanos, en fin, donde el velamen de los navíos  
aprende las más elementales funciones del pulmón  
para permitir a su puñado de tierra  
bogar en alto riesgo.

Hay, pues, ventarrones terrestres.  
También cósmicos,  
como lo muestran la música y las disonancias  
de los astros.  
Los nahoas hablaban de vientos interestelares  
y de tormentas en los trece cielos.  
**Ehecatl**, que olisqueda ños cuatro rumbos con el pico de ánade  
de su brújula olfativa,  
dejaba flotando plumas  
al arranque de su vuelo,  
alimentaba de atmósfera su estómago  
y descendía a descansar un poco  
en cuanto nido de pájaros hallaba.

Cuando renacieron en Teotihuacan el sol  
y su compartre femenina  
-su sombra de luz pálida,

su nagual querecorre todo el itinerario  
del insomnio-,  
quedaron ambos inmóviles,  
sin trascender ni un milímetro el hueco  
que los aprisionaba,  
oyendo los gruñidos amenazantes  
del espacio  
y con el desdén total por toda idea  
de jornada,  
trabajo,  
servicio,  
**tameme** cósmico que carga la existencia  
de todos los humanos.

Ehecatl intuyó que había llegado su hora,  
aleteó sus poderes,  
se arrojó a sus pulmones  
y empezó, tras la inmóvil espalda de los astros,  
a soltar el fuetazo  
de su aliento...

Todo se compuso entonces.  
El sol y la luna reanudaron su ritmo.  
El caos quiso rugir otra vez,  
producir un incendio en cualquier esperanza;  
pero, al chillar del orden recién nacido,  
se quedó sin sus ojos y sus manos  
para encontrar su lengua  
cercenada.

**APOTEOSIS**  
MONÓLOGO DE QUETZALCOATL

Ya me hallo en pleno mar.  
Las palmeras, los jacales y los hombres de la costa  
se me vuelven borrosos, puntos, basurita en las pestañas.  
Mi **coatlapechtli**, mi barcaza de culebras,  
navega arrogante,  
abriéndose camino en lo imposible  
con su quilla,  
reduciendo a esclavitud al mismo oceano.  
Si los áspides eran antes lo inestable  
encima de lo fijo,  
ahora -nostálgicos del ámbito en que andaban-  
son lo estable que surca y se menea  
en medio de lo móvil.

Pasa el tiempo.  
Ignoro en cuántas olas se ha metido  
desde que voy bogando.  
La tempestad es otro nombre que asume la sorpresa.  
El remo se me rompe y no puedo remar  
con las astillas que me deja en las manos.  
Sin remos, sin velas,  
rodeada de un camposanto de brújulas,  
mi **coatlapechtli** va a la deriva  
y hace agua.  
Por toda la superficie de la borda  
pretende subirse a ella  
el naufragio.

Pienso: estoy hecho de la misma carne  
que el material ofidio de mi balsa:  
soy tan serpiente como las que zurcen  
el entramado de ella.  
Pero también me sé rodeado de plumas de quetzal,  
de ímpetus siderales,  
de retazos de cielo.  
Siento que ha llegado el instante...  
el instante,  
el instante...

-y el verso aquí no sabe ser cronista  
del portento-

“de hacer mi mutación”  
-digo de pronto  
desde la estrella vespertina.

## SINONIMIAS

**Coatlicue** y **Chimalma** se hallaban barriendo su templo.

Cada una en el particular patio de su culto.

Como diosas de la tierra que eran,  
cuando levantaban nubes de polvo,  
parecían rodearse de efímeros bosquejos  
de hijos.

Hallaron de pronto dos alhajas:

**Coatlicue** un ovillo de plumas de quetzal

y **Chimalma** un chalchihuite.

La primera llevó su hallazgo a su cuerpo y lo ocultó bajo la falda,  
allí donde las piernas hallan su identidad en un vacío.

Y quedó embarazada.

La segunda se tragó el chalchihuite  
y, con el vientre convertido en canoa  
bogando en su placenta,  
sintió mareos incontrolables  
y supo que el mayor de sus antojos  
era un nuevo vástago.

Ninguna conoció varón  
ni saboreó con sus entrañas al intruso  
chorreante de deseo.

Como vírgenes encinta de infinito,  
dieron a luz dos deidades:

**Coatlicue** a **Huitzilopochtli**,

**Chimalma** a **Quetzalcoatl**.

A decir verdad, no sólo en un pesebre  
exhala sus chillidos lo sagrado.

## TEOFAGIA

Pese a las sociedades protectoras de animales,  
resulta la cosa más común del mundo  
que una bestezuela hambrienta hincó el diente en otra  
ubicada para su infortunio en un grado inferior  
o más desangelado  
en la evolución de las especies animales.

El gato sabe de esto  
cuando trae entre sus patas  
la bola de estambre de un ratón.

También el buitre  
cuando arranca silencios ensangrentados  
del árbol  
o la zorra  
cuando busca,  
con el hocico emplumado,  
donde dormir la siesta...

Pero generalmente  
el hambre en el bestiario no es horizontal sino vertical:  
un animal no satisface su apetito  
con las entrañas, la sangre y el aire de familia  
de su hermano,  
sino con el hígado o los riñones  
de la triste alimaña, menuda, que cabe en sus mandíbulas,  
o también: ese virus  
con hambre descomunal  
que vive en los entresijos del hombre,  
tampoco hinca sus colmillos  
en la carnezuela sagrada de otros miembros  
de su especie,  
sino que, ante alguna de las vísceras  
que le cierra el paso y le abre el apetito,  
avanza, con el deseo chorreante de saliva,  
después de dejar tras de sí  
un campo de matanza  
regado de anticuerpos.

Mas cuando adviene el hombre  
su apetito es, a un tiempo, vertical y horizontal  
y su estómago se diría crucificado  
por la gula.

Baste recordar el canibalismo o la teofagia.

El primero, cuando los humanos no han logrado aún darle la vuelta a la página de su bestialidad y organizan banquetes donde el plato fuerte son brochetas ahumadas de animal racional y donde los comensales se levantan, casi, con el sabor de sí mismos en la boca. La segunda, cuando aparece en el hombre el ansia de zamparse puñados de cielo, gusanos de ultratumba, alones de ángel garapiñados de beatitud, y, satisfaciendo su hambre desmedida, enterarse del gusto que debe tener el infinito.

Entre las ceremonias dedicadas a **Huitzilopochtli**, existía la de comerse una estatuilla a la que se conocía con el nombre de **teocualo** (**divinidad devorada**), dios que pasaba a ser digerido por los delirios místicos que luce todo aparato estomacal. El **teocuaque (comedor de dios)**, cerraba los ojos, se introducía entre dientes un teocualo, corría a acurrucarse en su paladar, y meditaba en el sabor que el más allá, con su aderezo de saliva, le dejaba, irritándola, en la lengua.

Ay el hombre.  
Ay el hueco de metafísica que carga en el estómago.  
Ay las ansias de comunión ascendente con los seres que aletean su pureza en algún lugar de lo absoluto.  
Ay con los ayes y ayes que se escapan de los entresijos de la criatura venida a menos cero.  
Ay el ansia de tener a los pies un basurero a donde arrojar nuestras múltiples y consentidas imperfecciones.  
Y ay con la eucaristía por medio de la cual la criatura deseando que la protección, el cuidado, la autoridad formen parte de su flora y su fauna intestinales, sueña con llevar a su padre en las entrañas.

## TRENO

¿Pulpa velada  
y dada a desear  
por la frontera custodia  
de su cárcara de piel?  
¿Aparato circulatorio  
que no es sino una vid dentro del cuerpo?  
¿Carne embriagada de existencia?  
Sí, los hombres son frutos arrancados  
de un árbol genealógico  
injertado de desgracias y peligros.  
Sí, son los frutos  
de un coito entre las doce de la noche  
y un petate.  
Sí, son odres  
de un vino de consagrar  
cultivado por la sed  
de las deidades.

Son frutos, odres, tinajas  
porque llevan a todas partes  
esa bebida madura,  
con cuerpo,  
con las calorías suficientes  
para revivificar al sol,  
para componer las averías de los intemporales,  
para reanimar a los dioses perdidos  
en sus pies de barro.

El sol, anémico,  
no teniendo más vigor  
que el que se encuentra  
en la musculatura desmoronada  
de su debilidad,  
ansía ese vino corporal,  
ese brebaje de delirios,  
ese licor que carga en hombros  
su color encarnado.

Por eso es que los aztecas se refieren,  
a su modo,  
a su miedo,  
al vampirismo cósmico del rey de los astros  
que le permite  
satisfacer su gula de distancias,  
meter primera  
y pisarle los talones  
a su futuro inmediato.

Muy otra era la actitud de Quetzalcoatl:  
en medio de su pueblo,  
como si se tratara de una victoria guerrera,

arrancaba las púas a los magueyes  
que lo circundaban,  
y que parecían ser caballeros tigres o caballeros águilas  
desarmados.

Llevaba después -zancudo de sí mismo-  
las puntas de maguey a su cuerpo  
y aunque se pinchaba aquí y allá  
haciendo penitencia,  
estaba en contra  
de los que ponían en la palma de las manos  
la línea de la vida de los otros,  
de los que sacaban corazones a la intemperie,  
de los que nunca sentían  
coagular en la lengua  
su torturante sed,  
de los que manchaban sus dedos  
con sangre indeleble,

Estaba en contra, en fin,  
de todas esas palabras ,  
y poderes  
y religiones  
que, al emboscado aullido de sus letras,  
entonces como ahora,  
piden sangre.  
Por eso,  
él, y sus seguidores,  
tocaban a medio pecho su teponaxtle de latidos  
en defensa de la vida,  
ante cualquier amenaza,  
ante cualquier polvillo levantado  
de una piedra de sacrificios.



## ODA AL ESPEJO

Ningún espejo recibe y proyecta una falacia,  
un argumento maloliente,  
un círculo vicioso que cuelga de una horca  
o las alucinaciones esas  
que en el juego de manos de lo aparente  
nos pasan de contrabando yerros y más yerros  
en una engañosa representación escénica  
de lo ilusorio. Ninguno.  
Ningún espejo carga en su textura manías de espejismo  
donde se acerca a beber la imaginación  
y que nos llevan a suponer,  
pongamos el caso:  
que la ligereza  
con que se nos da gato por liebre,  
nos está demostrando que llega a nuestras manos  
la bestezuela requerida.  
Ningún espejo sabe de argucias,  
tomaduras de pelo  
o silogismos envenenados.  
Ninguno.

Narciso supo de su belleza,  
de la regla de oro acuñada en sus divinas proporciones,  
por el remanso espejeante de un riachuelo  
que impedía mezclarse  
el agua de lo claro y lo distinto  
con el aceite del falso testimonio.  
Halló su beldad en la honradez perpetua  
de la verdad que chapoteaba a medio líquido  
y cayó de rodillas deslumbrado  
por su rostro  
con su corazón flechado  
por sus propios latidos.

Quetzalcoatl se vislumbró en el espejo  
de Tezcatlipoca. Halló que sus facciones  
desordenaban el mundo y violentaban  
la delicadeza de los ojos ajenos,  
así como espantaban a las porciones más condensadas,  
puras y sensibles  
de su alma.  
Sintió su corazón disminuido  
al tamaño de una pena gigante,  
corrió a esconderse en el punto más recóndito  
de sus párpados cerrados,  
odiándose a sí mismo  
como toda gangrena autoconsciente  
que carga a todas partes  
su carroña insepulta.

Veraz, el reflejo le dio a Narciso  
un amor enloquecido por sí  
y el delirio incontrolable  
de besar y besar la imposibilidad  
de sus labios.  
Veraz, el reflejo le brindó a Quetzalcoatl  
un desprecio desquiciado por su efigie  
como el leproso que ,ira de revés el espejo  
para ocultar su rostro.  
Veraz, la imagen fue para ambos  
la perdición,  
el caos,  
la tragedia,  
un puñado de tierra movediza  
debajo de sus pies.

A decir verdad, nada hay más semejante  
a un auténtico filósofo  
que un espejo. Nada.  
De las entrañas de ambos  
emerge la pasión por la certeza,  
la precisión,  
el deseo de zamparse la realidad a puños.  
El alma del espejo  
tan es la de un amante de la sabiduría  
que, cuando enfrente de él la luz se extingue,  
se llena de dudas,  
titubeos  
o tinieblas.  
Nada más regocijante para el azogue  
que tener las palabras exactas  
para decir las cosas  
o sostener el aluzado lugar  
en que hace su nido lo evidente,  
aquello que por los siglos de los siglos  
no da el brazo a torcer.  
A ningún espejo se le ha sorprendido jamás  
diciendo una mentira,  
quitándole los puntos a las íes,  
ni faltándole el respeto a una pregunta.

Oh verdad, puede ser que nos estremezcas,  
nos amases y revuelvas las entrañas  
o nos llenes de cuarteaduras el espíritu;  
pero el hombre no puede prescindir  
de la espada flamígera y su metal combustible  
con que niegas la entrada a los engaños,  
las supersticiones,  
los deseos  
que creen que este mundo  
a voluntad  
puede ser retocado.

## AGUAMIEL

El maguey produce,  
chupándola de la tierra,  
una pócima para olvidar  
las penas,  
la buena conducta,  
las decisiones,  
lo prometido,  
las consecuencias.

El pulque curado de espanto  
nos envalentona. En él, se pensaba,  
se sumergían el demonio

**Tlacatecotl,**  
nadaban embriagándose las **cihualpitzin**  
(las diabras  
que aparecían por las sierras,  
vestidas con los harapos flotantes del horror)  
y chapaleaban la tentación  
y el atrevimiento.

El secreto de la rebeldía  
se halla en los entresijos del agave,  
**del teometl,**  
como en el mosto de uvas  
machacadas por los pies danzarines de Dionisio  
que tienen, heredadas de la danza,  
la virtud de brincar y de surbírseos...

Tezcatlipoca no sólo utilizó el espejo  
para desordenar el alma  
de Quetzalcoatl,  
para que éste, imagen en mano,  
se viera obligado a reconocer  
la belleza de los simios  
o la de los alebrijes de la fantasía,  
para mendigar una máscara,  
la caricia de un afeitado  
o el refugio de un pigmento,  
sino que trajo consigo,  
con el ademán insinuante de una mano  
educada en la cantina,  
la bebida de **Xochitl.**

Invitó al sacerdote.

Primero le pasó la humedad deliciosa que cabe  
en la punta del dedo,  
después el número de sorbos del **octli**  
requeridos  
para introducir la primavera de la euforia  
en la flora y la fauna

del estómago  
y luego la cantidad suficiente  
-gotas que, animadas  
por sentimentose fraternos,  
corren a ser chorro-  
para que la moral, a golpe de mazo,  
fuera asaltada por el deseo,  
por la libido que normalmente finge inexistencia  
a lo largo y a lo ancho de la carne.

Unos códices dicen, pudorosos,  
que en este momento **Ce acatl Topiltzin**,  
nuestro sacerdote,  
exigió la presencia de su esposa  
y algún petate libre de prejuicios,  
para depositar sus urgencias  
en las grutas hidroclínicas  
de lo permitido.  
Pero otros,  
imitando la honradez  
insobornable del espejo,  
nos dicen que a quien mandó llamar  
fue a su hermana.  
Empinó el codo con ella.  
Hicieron a cuatro manos una pajarita de papel  
y la dejaron revolotear en torno a ellos.  
Se dieron apapachos.  
Espigaron motivos de risa en todas partes.  
A lo largo del cuerpo se desgarraron la indiferencia  
y cada quien extravió sus manos  
en el otro.  
No es necesario investigar cómo se dice en nahuatl incesto,  
para saber que el golpe de su luz  
cayó sobre los cuerpos consanguíneos.

El vino blanco de la tierra,  
en pasando la garganta,  
amenaza con hacer trizas los cánones,  
las costumbres,  
las reglas  
e instalarnos de golpe  
en el **tlalocan**,  
en el paraíso,  
en el lugar en que,  
si hay una piedra de sacrificios,  
no es sino para destruir,  
con el blando puñal del aguamiel,  
todas las prohibiciones  
que están en torno nuestro  
merodeando.

## AL AMANECER

Al amanecer, Quetalcoatl y su hermana despertaron,  
despertaron y se les comprimió el corazón.  
La frase **buenos días** se les hizo polvo entre los labios.  
El vino blanco del agave dejó,  
como indicio de su paso por el alma,  
espinas de maguey en las sienes,  
agruras en el ánimo,  
náuseas inquietantes en la dignidad.  
¡Qué mar de incertidumbres!  
¡Qué resaca movida por remos frágiles,  
incapaces de vencer al oleaje  
del océano completo!  
La cruda no es sino un mal negocio  
del intestino.  
No sólo humedece las manos, las sienes y los ojos  
con recuerdos del naufragio.  
También tiene que ver con los códigos,  
las admoniciones,  
los verbos en su conjugación imperativa,  
y el gruñir del remordimiento.

¡Será posible un día  
hacernos de las plumas del quetzal  
sin dar de pies a boca, más tarde o más temprano,  
con el áspid por ellas encubierto?

## UNA HUELLA

Dícese que se dice  
que en un lugar perdido de México,  
en un puntito que se fue borrando  
poco a poco del mapa,  
hay una piedra especial,  
única:  
luce la huella imborrable de una mano.

Es algo así como la reliquia de un portento,  
el vestigio de lo imposible,  
el pedestal humilde de lo maravilloso.

La mano se halla estampada allí,  
con sus dedos,  
sus huellas digitales,  
sus palmas  
y los signos quirománticos  
que despliegan la fórmula algebraica  
de un destino.

Si la viéramos,  
si fuésemos testigos del pedernal en que un día  
sufrieron una extraña descompostura  
las leyes naturales,  
nos asombraría,  
con la imagen en movimiento de una mano  
que se apoyó un instante  
en esta roca,  
la añejísima huella  
(dejada de la mano del tiempo,  
olvidada de la ley que obliga a todo a marchitarse,  
sustraída, en una palabra, al polvillo evanescente  
de lo ido),  
que, a lo que se dice,  
es el antiguo relato de una fatiga,  
el rastro del ademán de un numen,  
o mejor,  
un sacerdote trashumante  
en trámites de trascendencia.

Se dice que se dice que **Quetzalcoatl**,  
en su peregrinación de **Tollan** a **Tlapallan**,  
y después de haber dejado  
a la espalda de su última huella **Cuahtitlán**,  
sintió que el cansancio lo ganaba,  
que el sudor le perlaba los estímulos,  
y que, sentándose,  
se abanicó el rostro en un compás de dos cuartos y en crescendo  
y colocó una mano en una piedra.  
Me encantaría  
(a mí, poeta que anda husmeando  
lugares poco frecuentados del asombro

y que carga en el bolsillo una grabadora  
para las estridencias de lo imprevisto),  
organizar una galería de lascas, peñas y guijarros,  
como homenaje a las dotes creadoras  
de la naturaleza.  
Me encantaría.

Ningún sitio mejor que México para montar  
una exhibición así.  
Habría piedras de todos tamaños, formas, colores,  
peso y precedencia.  
Piedras pacíficas, redondas,  
sin ansias de volar a un descabro,  
piedras encolerizadas, puntiagudas,  
a un aleteo tan solo de mudarse  
en ave de rapiña. Piedras preciosas  
-jade, chalchihuites, obsidiana-  
los **pilli** de la madre tierra,  
las obras maestras que llevan  
la invisible firma de una materia  
como nunca inspirada.  
También piedras humildes,  
sin un solo gesto soberbio,  
sin la menor chispita metálica en su entraña,  
sin una sola arenilla fuera de lugar,  
ni la menor relación con la historia,  
la leyenda o el mito:  
piedras sencillamente anónimas,  
destinadas quizás a ser tan sólo  
la ilusión y el sentido  
de una sandalia muerta de aburrimiento  
a mitad del camino.  
Y por último,  
en la vitrina del asombro,  
y en la montura vítrea del milagro,  
la piedra con la mano eternizada...

No podemos, sin embargo, organizar  
tal galería. No podemos.  
Carecemos del poder, de la audacia,  
de la vida para hacerlo.  
Ni tampoco podemos ser testigos  
de una maravilla inscrita,  
a perpetuidad, en tan modesto sitio,  
porque, lástima, hallándose el guijarro  
en uno de los tramos más fangosos de la historia,  
de seguro fue pisado por las botas  
del guerrero español  
y enterrado para siempre  
en las entrañas de la tierra.  
Dícese que se dice.

## EN MANOS DE TLALOC

Había una vez un charco,  
una cavidad en que lidiaban  
los peces de lo líquido,  
al que acudían las más diversas especies animales  
para atemperar la sed  
y ponerse a regatear con la muerte  
unas horas más de existencia.  
Pero el sol no sabía nada de la tolerancia  
y el respeto  
y sí de los manotazos, las imposiciones  
y la dictadura.  
Se enardeció de nuevo,  
derramó en todas partes sus urgencias doradas  
y le regaló a las nubes el último charco de la tierra.

Para que lloviese,  
los **macehualtin** arrojaron su voz  
al reino de lo descarnado  
por los pasadizos secretos de los rezos.  
Pero nada. Ni siquiera las súplicas  
(o alaridos arrodillados) de las entrañas  
rasguñaron el tímpano de las deidades.  
Quemaron copal para el olfato  
de lo ignoto.  
Hicieron de sus preces  
una red para pescar divinidades  
desprevenidas.  
Y nada.  
Sacrificaron conejos,  
**itzcuintlis**,  
codornices  
y ocelotes,  
para distraer a un sol,  
incendiario, piromaniaco,  
enamorado de la temperatura que germina y germina  
en troncos que son brasas que son vientres  
hasta llegar al clímax  
del incendio.  
Pero no.

**Tlaloc** desdeña los sacrificios.  
Se alza de hombros, levantando en vilo  
su indiferencia.  
Se halla, en no sé qué paraje  
o estado de ánimo,  
pasando revista a su colección de nubes  
o dedicado a catar los sabores  
de aguas recién nacidas y de humedades añejas.

En verdad, no había llegado el punto  
de poner manos a la obra  
y anunciar con estruendos y atabales



el derrumbe del cielo.  
Mas sintió de pronto ganas,  
gratuitamente,  
porque sí,  
sin presiones de la lástima en su arbitrio,  
de oscurecer la atmósfera  
y sólo permitir de cuando en vez  
un arrepentimiento de relámpagos  
o minúsculos días que hace y que deshace  
en un tronar de dedos.

Recordad: **Tláloc**  
tiene a su servicio multitud de ministros pequeños  
-enanos,  
homúnculos,  
menudencias de dioses-  
armados cada uno con un palo y un ánfora,  
a quienes ordena dirigirse a los estanques del firmamento  
a espigar el agua:  
ya sea, la solícita y comprensiva,  
que es dulce a la minúscula simiente,  
o aquella, envenenada por su propia abundancia,  
que la ahoga con sus manos.  
Cuando el palo golpea el cántaro  
se multiplica en truenos,  
que retumban por la tierra, masticando ruido,  
y dando saltos y saltos hasta desvanecerse.  
Y cuando los recipientes malheridos se precipitan  
del firmamento al suelo  
aparecen los rayos,  
las momentáneas cuarteaduras del universo mundo.

Clepsidra del firmamento,  
**Tláloc** da, pues, la hora de la lluvia.  
Cuando el agua,  
distráida, está en las nubes,  
el dios hace que sus ayudantes minúsculos  
-que tienen como maestra la obediencia-  
gradual y sucesivamente,  
poco a poco,  
gota a gota,  
gestan desde la lluvia al menudeo  
-crisálida no más de la tormenta-  
hasta el atonatiuh,  
el momento explosivo en que los nubarrones,  
de zacate enjabonados,  
pretenden someter  
a un severo y general proceso de limpieza  
al universo.

Y luego, porque sí,  
porque le viene en ganas,

**Tlaloc** cierra todas las llaves  
de la atmósfera,  
reparte estertores en las mandíbulas  
de la humedad agonizante,  
ordena la paulatina  
desbandada de lo líquido,  
y dirige sus pasos, con sus enanos sirvientes,  
a no sé qué vivencia  
de sus puntos cardinales.

La retirada de **Tlaloc**  
y el agresivo advenimiento del sol,  
le proporcionan el don de ubicuidad a la sequía  
y arrojan a las últimas criaturas vivientes,  
que beben sed a sorbos,  
al suplicio de llevarse a la boca  
el círculo vicioso.  
El bochorno persigue a sus últimos escondrijos  
a las larvas malheridas de lo líquido,  
ante las cuales se podría  
comenzar una cuenta regresiva a cero,  
a gota,  
a lágrima  
(lo único que tal vez se resistiera  
a evaporarse)  
hasta dejar, en fin,  
del exacto tamaño del olvido,  
el último charco de la tierra.

La serpiente de nunca acabar,  
dando de nuevo con su cola,  
nos dice una vez y otra y otra que

Había una vez un charco,  
una cavidad en que lidiaban  
los peces de lo líquido,  
al que acudían las más diversas especies animales  
para atemperar la sed  
y ponerse a regatear con la muerte  
unas horas más de existencia.

Pero el sol...

## VERBO

En el óvulo recién fecundado  
hay también el embrión de una palabra.  
El feto se gesta, se desarrolla y muere  
en los brazos amorosos  
del oxígeno.

Hay una palabra  
que sólo escucha la madre,  
la cual distingue hasta los minúsculos rumores  
de una letra o una sílaba  
cuando se mueve en las entrañas  
de una promesa  
de niño.

La madre no habla con su estómago,  
su riñón o sus pulmones,  
pero sí lo hace con el huésped consanguíneo  
que, durante nueve meses,  
se prepara para dar su primera  
bocanada de vida.

Cuando **Coatlicue** se supo embarazada,  
sus hijos, los cuatrocientos surianos,  
encabezados por **Coyolxauhqui**,  
llenos de indignación por lo que creían  
una conducta materna reprobable,  
acordaron matarla  
y no dejar el menor trocito de piel  
a su memoria.

Pero la que tiene "sus naguas de culebras"  
oyó desde el hondón de su cuerpo  
una voz que decía:

"madre, no te acongojes.

No dejes que tu corazón,  
desparramado de palpitaciones,  
se arroje al **Mictlán**  
de la zozobra.

No temas, madre mía,  
que el que habla, para gloria de ambos,  
le pondrá un hasta aquí a los parricidas".

Los cuatrocientos surianos y **Coyolxauhqui**  
se aprestaban a consumir el crimen.

**Coatlicue**, amedrentada, caminaba de un lado a otro  
buscando en qué estado de ánimo esconderse.

Y ya se dirigían los sanguinarios hijos  
a la recta final de su propósito,  
cuando otro hermano, **Cuahuitlicac**,  
decidió prestar su ayuda a la madre encinta  
y se colocó muy cerquita de su vientre  
para sintonizar la voz lejana,  
límpida,

cavernosa  
que provenía de las profundidades de la carne.

La voz, desde la madre, preguntó a **Cuahuitlicac**:  
¿dónde están los enemigos?  
Y éste dijo enseguida: “Vienen por **Tzompatitlán**”.

Hubo una pausa, en que el silencio  
se llenó de palpitaciones.

Después la voz insistió en su pregunta:  
¿dónde, dónde?  
Y el hermano precisó: “Se encuentran en **Cuaxalco**”  
y ante una nueva pregunta:  
“Llegaron a **Apetlac**”.  
Y por último: “Ya están aquí”.

Hubo un temblor de tierra.  
Tomó entonces la carne el lugar de la voz  
y nació **Huitzilopochtli**.

## ETIMOLOGÍA

**Tzompantli:** **Tzonttli**, cabeza; **pantli**, hilera:  
hilera de cabezas.  
Ábaco de infortunios.  
Reliquias del santo salvajismo.  
Calaveras de acíbar,  
no de azúcar.  
Producto inexorable y secuela cotidiana  
de la piedra de sacrificios.

El resto de las víctimas  
-cuello, muslo, criadillas  
y, claro, menudencias-  
se encuentran en el **tianguis**  
a la espera del paladar antropófago  
o tal vez en la bodega,  
la mesa o los eructos  
de los caballeros águila  
que hicieron prisioneros  
a los sacrificados.

## IR AL RESCATE

En la peregrinación desde Aztlán hasta México  
de los tenochca, en la larga marcha de los indígenas  
hacia su identidad,  
Malinalxochitl, hechicera hermana de Huizilopochtli,  
se atrevió a desafiar la autoridad masculina  
de su hermano, adujo que el tamaño de su corazón  
no era menor que el de él  
y puso su matriz en alto.

Por órdenes del sacerdote fue castigada  
e, incautándole el número de pasos futuros  
que le pertenecían,  
se le abandonó en Malinalco.

No cabe la menor duda: las feministas deben rescatar  
de su abandono a la hermana de Huitzilopochtli.  
Ir por ella.  
Buscar sus huesos.  
Proteger su puñado de memoria.  
Saber de las formas femeninas  
de su corazón.  
Hacer una cruzada.  
Ir al rescate en Malinalco  
de su santo sepulcro.

## NUESTRO SEÑOR DESOLLADO

### I

Un dios griego (Apolo)  
exasperado por la competencia  
de un músico excelente (Marsias)  
lo desolló vivo,  
hasta dejarlo en la más profunda y radical  
de las desnudeces.  
Y colocó el sangrante despojo  
en las ramas de un árbol  
como señal de advertencia  
y ejemplo.

El viejo mundo fue la patria de deidades terribles:  
divinos sátrapas  
que arrancaban del cuerpo la epidermis  
-verdadera ropa interior,  
consustancial, imprescindible-  
y dejaban a los muertos con la carne viva  
y la derrota a la intemperie.  
El desollamiento era la técnica,  
la macabra orfebrería  
de convertir a los hombres  
en fantasmas deshinchados,  
pergaminos en que el suplicio escribía sus memorias,  
trapos al viento...

No se quedaban atrás los mexicanos antiguos.  
El dios **Xipe Totec**, verbigracia,  
nuestro Señor Desollado,  
amaba no las cabezas, el corazón,  
las manos o los ojos de los humanos,  
sino la piel, el finísimo ropaje  
(hilado por las manos sapientísimas de la naturaleza  
para impedir el paso  
al frío, al calor y a las miradas)  
que recubre el tesoro de la carne  
con manos maternas.

Numen con atributos morbosos,  
esparcía diversas enfermedades  
contagiosas, más que nada de la piel,  
y los indígenas infectados por su proximidad,  
sus aleteos o su iracundia,  
buscaban aplacarlo,  
ciñéndose el pellejo  
de los hombres llevados al sacrificio,  
y rogándole -con las entrañas arrodilladas-  
que la salud les vendara las heridas,  
y en la jungla de sus yerbas medicinales  
ahogara los dolores, la fiebre,  
las angustias.

Era también la deidad de los plateros,  
caja fuerte de inquietudes, insomnios,  
tronar de dedos y cavilaciones;  
protección de las joyas y la pedrería  
salidas de las manos tintineantes  
del orfebre.

Cuando los plateros eran víctimas del hurto,  
cuando se les sustraían rayos de sol a la aurora  
producida por su orfebrería,  
no se tocaban el corazón  
para arrojar a los ladrones ,  
tras la sala de espera del infierno,  
a la piedra de sacrificios en que revoloteaba  
el murciélago de piedra  
y al puñal de obsidiana, dedicado  
a desprender de los cadáveres recién nacidos  
hilachos de memoria transparente...

## II

Pedestal de respiraciones estranguladas.  
Túmulo en que los pulsos se vuelven alaridos  
ante la cercanía de la muerte.  
Surtidor, ojo de agua, manantial  
de todos los matices de lo rojo.  
Taller construido para absorberle al cuerpo el movimiento  
y volverlo despojo, carroña, sede  
de la nada.  
Lugar donde el pavor pierde sus límites.  
Piedra de sacrificios.

Seis hombres. Seis.  
Traían a empellones a la víctima,  
que, huérfana de todo,  
olvidada del regazo materno de la lástima,  
cayéndose y levantándose,  
se acercaba a las gradas del templo  
donde un hambre insaciable  
gruñía en el estómago del ídolo.  
Si se resistía de manera furiosa,  
granítica,  
inesperada,  
indoblegable casi  
(como un puercoespín entre las manos de los cazadores);  
si su instinto de conservación  
tomaba el puesto del más rabioso de los caballeros tigres  
que pugnaba, con la desesperación en ristre,  
por ser el indómito guardián de su corazón azorado,  
le daban un bebedizo que introducía en el cerebro  
una bruma de amnesia, de locura,  
de sumisión forzada,  
de corazón perdido en la maleza  
de pronto exuberante  
de su cuerpo.



Dos hombres tenían la obligación de sujetar los brazos,  
de desactivar los feroces rugidos de los músculos  
que pretendían, a tarascadas, ser alambrada de púas  
del tronco.

Otros dos retenían las piernas  
obligando al infortunio a hallarse bocarriba,  
atado férreamente a la indefensa postura horizontal  
del que espera un zarpazo,  
sin poder ejecutar más movimiento  
que un temblor incontrolable  
que salpicaba el entorno de gotas y gotas  
de sudor enloquecido.

El quinto se hacía cargo de la cabeza:  
la inmovilizaba  
(como si fuera hipnotizada por el cielo),  
y sólo permitía que los ojos,  
desorbitados,  
a punto de salirse de sí mismos,  
atinaran a ver, de reojo,  
el aletear del ave de rapiña  
mientras impedían que la última defensa posible  
del sentenciado a muerte  
-la dentellada-  
se lanzase, presa de delirio,  
en pos del trozo de carne más cercano.

Y cuando los cinco terminaban por crucificar a la víctima  
en su inmovilidad,  
llegaba el sexto...

### III

Después de los desollamientos,  
las epidermis eran colgadas de unas perchas  
para que los dedos del sol y del viento las curtiesen,  
hasta hacer un guardarropa de pellejos  
de diversas formas, tamaños  
y modelos.

Ahí iban los hombres,  
el día de la fiesta del **Xipe Totec**,  
a probarse las pieles,  
a tentar su textura  
y a acatar las órdenes de sus preferencias.

Los enjutos de carnes o los entrados en ellas,  
buscaban la indumentaria que correspondía  
a su volumen,  
se los ponían, se los quitaban,  
hasta dar con una a su medida,  
con una que, membrana que fue de la carroña,  
era un vestido fétido,  
transparente,  
pegajoso,

del cual se desprendían aún gotas de sangre...

#### IV

El primer día  
de la segunda veintena del año  
tenía lugar la **Tlacaxipealitzli**,  
la fiesta indígena del “desollamiento de hombres”.  
Los indios se despertaban ansiosos,  
con los corazones reamasados  
por la euforia  
y con un escozor alegre y devoto  
a flor de piel  
-la oblea del dios homenajeado.

Se ponían su mejor atuendo,  
las mantas,  
los collares  
y la risa de fiesta.

Muchos se preparaban para asistir al juego,  
para que sus miradas,  
desde la primera fila de sus órbitas,  
reconocieran en los jugadores  
la valentía, el heroísmo,  
y al humilde creador de maravillas  
del esfuerzo.

Otros, los jugadores, integraban  
dos equipos diversos:  
el del **Xipe Totec**,  
con gestos y ademanes sobrenaturales,  
y el de los guerreros valerosos,  
que cargaban en sus bolsas puños de tierra  
y encarnaban el mundo y sólo el mundo.

Quienes iban a jugar en el primer equipo,  
acudían, antes del evento,  
al sótano donde yacían en sus perchas  
-como galería de espectros hechos jirones,  
agujereados, mordidos por la nada-  
los tegumentos de los sacrificados;  
separaban los de su talla  
y se hundían en el macabro uniforme de lo ido,  
chorreante aún de sangre,  
que cargarían durante el juego.  
Los del otro bando,  
llevaban la vestimenta guerrera de costumbre  
y el porte resplandeciente y aguerrido  
que empequeñecía el corazón  
de sus adversarios;  
pero salían al campo de la contienda, provistos,  
no de los hórridos despojos sanguinolentos  
de la parte contraria,

sino de la feroz vestimenta de la valentía.

Ninguno de los equipos lucía mazos,  
arcos y flechas, hachas de pedernal,  
pues la gloria,  
el tutearse con la parte más temeraria de la soberbia,  
el mirar frente a frente a su deidad, que no la muerte,  
era el propósito de la disputa  
o del lúdico afán de la discordia.

Todos los jugadores  
venían pertrechados de cañas,  
de durísimos carrizos ahuecados,  
que utilizaban de modo defensivo y ofensivo.  
Como en el encolerizamiento  
que en veces sobreviene a las espadas,  
hacían cruces efímeras,  
tomaban el sitial del fragor percusivo  
y **en vivace** de la orquesta,  
repelían y empujaban al contrario.  
Se peleaban el terreno con la furia  
con que el aire y la tierra representan  
sus batallas de polvo.

Este juego tan brusco, pero incruento, perseguía  
acostumbrar a los jugadores al peligro,  
hacerlos terratenientes del campo de matanza,  
poner sus corazones al aire libre del desnudo,  
y no bajar los ojos ante el talle  
de la señora negra...

Decirles: la muerte no es una cosa del otro mundo.  
Convencerlos: la temeridad  
-los esponsales de la audacia y el suicidio-  
alegra el ánimo de las deidades.  
Hablarles: si hay que morir,  
rendirle cuenta a los gusanos  
y claudicar para siempre de los ojos,  
nada mejor que hacerlo sin pestañear,  
sin que el cálculo lleve a la neuralgia de pensarlo dos veces,  
ni guarecerse en la palidez  
empapada de rocío  
de la cobardía.

Era un juego ejemplar:  
Preparaba a los hombres a la guerra  
y al posible/probable silencio de ultratumba  
que esconde el epitafio en sus palabras  
también desvanecidas.  
Tenía la intención de persuadir a los guerreros  
(que estuvieran en la contienda frente a frente  
con la turba macabra,  
o su no menos espantable viceversa),

a bien morir,  
a arropar su corazón con sombras,  
cuando llegara el día  
de celebrar los funerales de su pulso  
o se hallaran en vísperas  
de que se atragantara de polvo  
la garganta.

Aprender a morir, era su consigna.  
Desamarrar a la cautela del sentido de realidad,  
era su búsqueda.  
Oír los murmullos del miedo  
como quien oye llover, era su prédica.  
Anestesiarse el horror al vacío  
y dejar sin armamento pesado al desfiladero,  
su propósito.

Pero así. Pero con un temor a la muerte diluido,  
abúlico, inánime y macilento,  
el amor a la existencia se deteriora,  
enflaquece,  
hace concesiones al descuido,  
habla con la saliva del odio  
a los placeres,  
y acaba por empujar a la vida a las inmediateces  
del deshaucio  
o a la enfermedad terminal del desgano.

No estaba garantizado, no,  
que ganara la contienda  
el equipo de quienes vestían los despojos  
de los desollados,  
el hábito de harapos, tibio aún,  
que cargaban las huestes  
del señor del desuello.  
Ellos podían, sin duda,  
llegar al puesto contrario y mirar a sus músculos  
con amor...  
Pero a los otros guerreros les era también dable  
resistir una embestida,  
convertirse en muro de piedra,  
frontera de donde brotaban alaridos de púas,  
que detenía todo avance enemigo,  
y marchar, contraatacando,  
hasta llegar finalmente a la base  
del equipo del dios vestido de pellejos  
como divinidad hecha jirones.

Si este era el caso, quienes salían victoriosos  
recibían de manos de los derrotados  
su ropaje de piel,  
y las nuevas huestes del numen,  
ciñéndose los andrajos pestilentes  
-jirones en que orgullo mata a náusea-  
luciéndolos ante todos,

haciendo culebreos con la reata de su triunfo,  
no salían de sí,  
viviendo, a plena carne,  
el orgasmo colectivo del trofeo  
y el placer de encarnar el horror  
al fin vencido.

## VII

La alegría bullía en todas las chozas.  
Un hormiguero de ademanes femeninos,  
desgranado con contorneos y espolvoreado de risas,  
se arremolinaba sobre las mazorcas,  
el cacao, los pescados,  
los gusanos de maguey,  
el atole, el amaranto, el pinole  
y las carnes de mono, de **itzcuintli**  
o de armadillo en salsa de mango,  
hasta hacer de la atmósfera  
la deidad favorita de los pulmones  
y del estómago;  
ídolo de las fantasías gastronómicas,  
nube que, coronando al pueblo entero,  
hacía agua la boca  
de los indios.

El sol daba la orden de despertar a la maleza,  
los animales, el festín,  
los colores en sus vivencias más pasionales  
y subversivas.

Tras el juego,  
el bando del **Xipe Totec** se dispersaba.  
Sus integrantes  
eran bien recibidos en todos lados.  
Se les esperaba  
como se espera a la esperanza  
a las altas horas de la impaciencia.  
Las mariposas que llenaban las casuchas  
no se sabía si venían del campo  
o del pecho entusiasta de los macehuales.  
La hospitalidad era un tendedero de cortesías y regocijos  
pendiente de sus labios.

A los jugadores se les llenaba de obsequios:  
sartales de mazorcas,  
de flores,  
de guirnaldas,  
de parabienes.  
Se les recibía como si vivieran codo con codo  
con el Señor del desuello.  
Las carcajadas culebreaban en el aire  
como serpentinas.  
La boca de la jarra de pulque

olvidaba el sentido del vocablo avaricia  
y oía con atención y asentimiento  
las voces con que la sed  
clamaba por su amado...

Cuando la alegría, la euforia, la embriaguez  
llenaba todos los poros del espacio  
y del alma de los indígenas,  
los enfermos y las enfermas  
pedían prestados a los jugadores  
trozos de epidermis,  
se los ponían,  
se embarraban de sangre,  
se envolvían en tufo cadavérico,  
y se hincaban de rodillas  
para pedir a Nuestro Señor Desollado  
que las llagas,  
la purulencia,  
el dolor  
o el miedo canceroso,  
huyeran de sus cuerpos  
como tropel amedrentado  
de pájaros rapaces.

Y esto mismo sucedía año con año  
cuando llegaba la **Tlacaxipealitzli**  
-la fiesta del "desollamiento de hombres".  
¿Qué días? En los días del antiguo relato del principio.  
¿En qué momento? Cuando los indios de nuestra América  
no tenían un solo pesebre a la mano  
para desarmar deidades.  
Pero ¿cuándo? Cuando el cielo colindaba con la tierra  
en algún punto.  
¿O sea? Cuando los humanos entregaban tributos de sangre  
a sus quimeras.

Y la barbarie misma era cultura.

## LO DE SIEMPRE

Todas las oraciones de los aztecas  
terminaban con la expresión **Mayiuh** (así sea).  
Era su manera de decir amén,  
de poner punto final a las palabras sabuesas  
que corrían por el laberinto de los bosques  
en pos de las deidades que se ocultaban  
como liebres.  
Era su modo de terminar con un "hágase así"  
o con un "por favor" que palpitaba desde su pecho.  
Era el compendio de su súplica.  
El do de corazón de una romanza mística.  
El deceso -caracol de estertores- de vocablos  
demandantes,  
humildes,  
con las rodillas ganadas por el polvo.  
**Mayiuh** -decían- y se quedaban a la espera...

Los dioses no sabían cómo salir de su inexistencia  
para hacerles caso.

Hay una infinidad de fragancias posibles  
en las flores que crecen en el Nuevo Mundo.  
El olfato puede extasiarse aquí recorriendo  
la mayor galería de perfumes  
del globo terráqueo.  
Cada flor nos abre con su olor  
un aspecto diferente de la existencia  
o un capítulo de la memoria  
que hojean los pulmones...  
No obstante, el **cempasúchitl** no tiene aroma.  
Electriza su entorno.  
Ayuda al sol en sus faenas.  
Se pone a competir con los canarios.  
Pero no tiene aroma.  
Me corrijo: es una flor  
que a nada huele  
porque huele a nada.



## PECADOS

El templo de **Tlalzolteotl**,  
diosa de las inmundicias,  
era una verdadera **casa de comunión** de los indios.  
Ahí, había quien vomitaba una serpiente,  
quien devolvía un escorpión,  
quien se deshacía de sus entrañas  
y, con ellas, de un reguero de hormigas y tlaconetes.  
Todos salían en paz consigo mismos,  
sintiéndose purificados,  
llevándose como regalo una mirada benévola del ídolo,  
tras de haber vomitado sus animales  
más íntimos.

**XOCHIQUETZALLI  
O  
LA FUGA DEL PARAÍSO**

**Del beso robado y otras iniquidades**

La seducción es una forma atemperada  
de violación: fuerza a la resistencia femenina  
a descobijar sus negaciones.  
Obliga a la indiferencia o al recato  
a cubrirse de escrúpulos y titubeos  
e inmolarse en la flama  
de la astucia masculina.  
La seducción llena de interrogaciones a la presa  
-¿será posible? ¿será verdad que...?-  
e inmoviliza los anticuerpos  
del escudo.  
La seducción, ay, produce un incendio  
en algunas vivencias inflamables.  
Introduce en la fortaleza, vía el oído,  
sus relinchos de madera.  
La seducción es untada por el tacto  
a lo largo de la epidermis;  
se acumula en los ojos del ave de rapiña  
titilantes de deseo,  
y vuela hacia su presa  
con aletear amenazante  
que se descubre buitres en la carroña.  
La seducción, en fin, sabe que el beso robado,  
el colocar una libélula imprevista  
a mitad de la boca,  
es llave que contradice las decisiones inquebrantables  
de la puerta,  
genera vacilaciones en la duda,  
desenchufa la idea del pecado  
de la moral corriente,  
y busca a lo largo y a lo ancho de la conciencia femenina  
el escondite del consentimiento.

## El flechazo

A veces, **Tezcatlipoca** estaba hecho de la estirpe  
de los seductores. A veces.  
A veces sabía adivinar en una arisca voluntad de hierro  
las menudas aleaciones de lo blando  
y se lanzaba a su botín  
con tintineo de llaves y olfateo de cuchillos.

Un día, en medio de un alrededor de flores  
que encarnaban el alfabeto de la envidia,  
divisó a **Xochiquetzalli**  
lavar su cuerpo en un arroyo  
común y corriente.  
El líquido se llevaba todo a su paso,  
a su gerundio ondulante,  
menos la belleza.  
El dios espía fue testigo  
de algo así como el inútil acto  
de tratar de pulir la perfección,  
enmendarle la plana a lo sublime,  
acicalar los diseños de la excelsitud,  
hacerle a un lado a lo superlativo  
la falta de respeto  
de la mácula.

Su corazón,  
flechado por su propia apetencia,  
se prendó de la diosa  
y en las arterias del dios empezaron a circular  
-codo con codo con la sangre-  
la obsesión,  
el sudor de las doce de la noche,  
la idea fija que acaba por inmovilizar  
a la propia cabeza  
y el no dar las codicias y los sueños  
de su brazo a torcer.  
A la pasión en punto,  
en el cuenco de sus manos,  
sintió el fardo insoportable  
de la ausencia de la carne  
de **Xochiquetzalli**.  
Sintió que no podía vivir  
sin contar en sus haberes  
con el sí de la diosa  
y toda la galería de redondeces  
de su cuerpo.

## El estratega

Maestro de la insinuación.  
de la palabra que vuela tomada de la mano del silencio,  
estratega del golpe bajo,  
señor de los puntos suspensivos,  
prestidigitador de lo increíble,  
**Tezcatlipoca** logró que la deidad,  
“la flor preciosa”,  
se avergonzase, ahíta, del pudor  
y su ondular de velos prejuiciosos  
y después de muchas vueltas y revueltas  
olvidara las llaves de su puerta  
nada menos que en las manos  
de su seductor.

## Las torpezas de un amante

**Tlaloc** no había sido el amante de sus sueños.  
Hacia el amor torpemente,  
con rapideces de chubasco  
y faltas de ortografía.  
Se deshacía, sí, con llovizna de dedos  
pero no, como ella prefería,  
llenándola de las caricias lentas  
que parecen cargar caparazón de tortugas.  
Cuando la diosa se hallaba a punto de tener,  
con el éxtasis,  
el cielo a la mano,  
él se hallaba sólo en las nubes,  
contando el número de gotas  
que tendría su aguacero.

## El blanco

Como el amor de **Xochiquetzalli** por **Tlaloc** se desvaneciese  
-recorriendo todos los matices de la palidez-

y su lecho, capitaneado por la zozobra,  
hiciera agua,  
las insinuación que le dirigió **Tezcatlipoca**  
dieron en el blanco  
y lo descompusieron en todos los colores  
del espectro.

## La graciosa huida

La diosa urdió una estratagema:  
como quien no quiere la cosa,  
abordó la ráfaga de pasos  
de una fuga  
que se hallaba ya encinta  
de la entrega.  
Lo hizo,  
dejando en los dedos de su persecutor  
un mapa de su rastro,  
un índice alfabético de sus secretos,  
mohines de lujuria,  
una inocultable y contagiosa  
descarga de libido  
y el más inolvidable de todos sus movimientos  
de cadera.

## De pies a boca

Ante el temor de que otro dios  
lo engañase

-como él lo hizo con **Tlaloc**-  
y colocara a sus pies,  
con su poder de seducción,  
la rendida lubricidad de la diosa  
de las flores

-como una gata enredada  
en la bola de estambre de su concupiscencia-;  
ante la posibilidad también  
de que existiese un robo tolerado por la víctima,  
una fidelidad segada por la astucia,  
una conspiración a espaldas del descuido,

### **Tezcatlipoca**

**con un corazón que se sabe con los pies  
puestos en el vacío,  
con un cuerpo que se vive convertido en cadáver  
ante el vuelo de buitre de la amenaza,**  
deslizó por el desfiladero  
de la inseguridad  
su rebaño de pasos en falso  
hasta dar de pies a boca  
con el aullido de lobo  
de los celos.



## Deseos

El celoso desea ceñirle un cinturón de castidad  
a las rosas,  
Ponerle párpados cerrados a las estrellas,  
hacer un palomar para las coqueterías  
de la amada,  
rodear a la fruta con la indumentaria del erizo,  
colocarle algunos brillos miserables a la plata,  
enclaustrar a las perlas en ostras con vocación  
de caja fuerte,  
amputarle las alas a la magnificencia  
del ave del paraíso,  
encarcelar a toda diosa o mujer inolvidable por sus ojos  
en sus ojos cerrados.

## Inseguridades

**Tezcatlipoca** fue, pues, víctima de los celos:  
cargaba a todas partes un incendio en las manos,  
se escondía en no sé que rincones metafísicos  
para llorar en secreto.  
Arañaba las paredes de la sospecha.  
Se decía: “si la paloma acudió a comer a la palma  
de mi mano,  
y dejó a **Tlaloc** bailando la danza venatoria,  
sí, en la lógica del engaño,  
diseñó magistralmente el silogismo de la apariencia,  
¿por qué mañana no va actuar conmigo de igual modo?  
¿Qué le habrá de impedir llevar a cabo  
una ingeniosa variación del tema del disimulo  
y entregarse a un nuevo desfloramiento  
de la fidelidad?”.  
Víctima de los celos,  
le repugnaba pensar que sus manos  
se ensuciaran, en la carne de su diosa,  
con los charcos de pretéritas caricias.

## La cárcel

Tezcatlipoca decidió poner manos a la obra.

Había que enclaustrarla.  
Cercenarle el espacio.  
Racionarle la cuota de pasos  
o de nubes de polvo a sus espaldas.  
Supervisarle las inquietudes  
y espiar subrepticamente su menor aleteo.  
¿Cómo llevar a cabo tal pretensión?  
Le estuvo dando vueltas y más vueltas  
al mareo del delirio.  
Le torció el brazo a una imaginación  
que, al fracaso de sus ímpetus,  
tan sólo se quedó enredada en las pestañas.  
Giró una vez y otra y otra  
en redor de su ingenio;  
mas acabó por hallar la respuesta  
en un pliegue creativo de su angustia.  
“Ya sé dónde encerrarla y cómo hacerlo”,  
le balbuceó a sus ansias.  
“No lo haré en una torre. Ni en un palacio.  
Ni en una cárcel.  
Lo haré en el **Tamoanchán**.  
En un paraíso.  
En un lugar conformado con avíos sobrenaturales  
y materiales divinos.  
Lugar donde la curiosidad  
cambia de golpe sus pupilas  
por un par de asombros parpadeantes  
y desorbitados”.  
¿Por qué no racionarle las veredas,  
los polvos del camino,  
los secretos puestos a germinar  
a la espalda del numen?  
¿Por qué no recluirla  
encerrada a siete llaves en lo hermoso,  
tenerla siempre a mano  
para que el paraíso  
no fracture su nombre en el deseo?

## La prisionera

Xochiquetzalli fue instalada  
en el mejor de los cielos posibles,  
donde flores, frutos, colores,  
pájaros, firmamento, estrellas  
y un aire malabarista  
que caminaba, balanceándose,  
por la línea de su propia mano,  
formaban el telón de fondo  
de lo excelso.

La diosa se vio entonces recluida en la más perfecta  
de las cárceles:

los muros, los barrotes, la cerradura,  
fueron reemplazados por la belleza,  
la beldad carcelaria:  
las flores habían sido construidas  
para mejorar las miradas,  
los frutos para paladares inquisitivos y hasta extravagantes,  
la brisa para la impertinencia de la canícula,  
el agua para hacer que la limpieza  
colocara a la piel en el glosario  
de las palabras mayores.

## La patria

Todo conjuraba para que la diosa  
viviera el **Tamoanchán**  
como la cuna de oro de su regocijo,  
como los jardines de su propio cuerpo,  
como su patria,  
como la atalaya desde la que podía divisarse  
la extranjería del mundo.

## Imperio y cárcel

### Xochiquetzalli

no podía verse como prisionera:  
podría decirse que vivía en una prisión  
cerrada por dentro,  
en que las vueltas de la llave  
-que emborronaban el afuera  
y suprimían el universo-  
no eran sino los movimientos circulares  
con que la libertad se suicidaba.  
Faltaba no obstante un nudo invisible  
para atarla definitivamente a su terruño,  
a este paraíso formado a la medida  
de su arbitrio claudicante.

Tezcatlipoca meditó en ello.

Y la rodeo de una corte  
de corcovados, genios femeninos, bufones,  
damas de compañía  
que, acompañándola a todas partes,  
era como una cárcel dentro de otra,  
como unos muros que acompañaban a la presa  
en su ir y venir, en sus periplos  
a lo largo y a lo ancho  
del espacio alambrado y exquisito  
del presidio perfecto.

## Un árbol

Todo paraíso que se precie de tal,  
tiene que honrar a su centro  
con un árbol:  
un árbol de la sabiduría  
u otro de la ciencia del bien y del mal  
que carguen multitud de pequeñas puertas  
olorosas a manzana.

O uno con ramas florecidas de senos  
de pulpa líquida,  
caliente,  
amorosa,  
para las bocas huérfanas.

O, en fin, con un **Xochitlicacan**,  
aquel árbol de flores portentosas  
que, al desprenderlas,  
o con sólo rozarlas,  
daban dicha y fidelidad  
a los enamorados.

**Xochitlicacan**, "estar de pie Xochitl",  
era un magno florero,  
un árbol que a partir  
del condensado fetal de la simiente  
germinaba en un tallo,  
se encaramaba en un tronco,  
y se multiplicaba en decenas de ramas y de tallos  
para ofrendar sus flores  
a la interrogación manual de los amantes.  
Flores que antes de marchitarse,  
de dejar de respirar (con el vaho de su perfume)  
y doblegar su sien en el desmayo,  
reencarnaban, sí, en los troncos  
masculino y femenino  
de quienes,  
tras del enigmático roce afrodisíaco,  
se estrechaban y estrechaban  
para salir al encuentro,  
concupiscente,  
sudoroso,  
del principio de identidad hecho de carne,  
y hacerlo  
tras de dejar destrozada  
-como esas ruinas que llegan a su nivel de añicos-  
la soltera lamentación  
de sus pronombres.

## Inquietud

Al centro del **Tamoanchán**  
se erguía,  
después de germinar  
el milagro encapsulado en la simiente,  
el árbol único.

**Xochiquetzalli** gozaba de su vista  
y del efecto que generaba  
en los corazones  
y en el flujo y reflujo  
de las manos.

Pero ella, asfixiada de paraíso,  
tomando conciencia de los muros  
de su prisión,  
deseaba ahora abandonar el edén,  
dejar a sus espaldas  
la belleza elevada a su infinita potencia,  
la excelsitud y sus brazos  
de enredadera carcelaria.

La prisión la invadía hasta lo más profundo del cuerpo  
convirtiendo a su tórax en mazmorra  
de la cárcel.

La diosa no se resignaba  
a enviar con sus servidores  
-o con alguna paloma mensajera lujuriosa-  
sólo mensajes clandestinos  
a los dioses cuya ausencia resentía  
en diversos rincones de su cuerpo,  
y a vivir aventuras  
efímeras,  
agridulces,  
en los sótanos asfixiantes del secreto  
-hasta que el probo gallo del amanecer  
se sacudía con los espolones trozos de neblina,  
se concentraba en su pico  
y, trucado en ovillo de pudor aleteante,  
soltaba a voz en cuello la mañana.



## La fuga

Para que **Tezcatlipoca** no sospechara de sus propósitos,  
en lugar de escaparse hacia afuera,  
salvando muros y prohibiciones,  
buscó hacia adentro la salida:  
dirigió la mirada al centro de su paraíso,  
al **Xochitlicacan**,  
se arrojó a su frondaje,  
se destruyó en sus brazos,  
se identificó con él,  
se hizo una con su nombre perfumado,  
con su semillero de árboles genealógicos,  
con la savia espiritual  
que lo recorre.

Las virtudes del árbol se reforzaron,  
no pocas flores se redondearon en manzanas  
las flores saltaron deshaciéndose en efluvios  
en búsqueda de amantes.  
También **Xochiquetzalli** acrecentó ahí sus atributos  
de diosa.  
Bachiller del frondaje,  
se hizo protectora de las flores, los renuevos,  
los bailes, los placeres,  
las citas que son claros del bosque,  
las mujeres embarazadas,  
que encontraron el semen en el trino  
de su pájaro.

No se ocultó a sí misma  
que había cambiado,  
achicándola,  
su cárcel por un calabozo  
o su noche por una gota de tinta.  
Pese a ello, no la embargó  
la desesperación  
gracias a los jilgueros o pinzones  
que, en emplumada alternancia,  
se detenían en el árbol despreciando al cielo  
o saltaban al cielo despreciando el árbol.  
Los vio volar. Llevar trocitos de cielo en el pico.  
Los vio partir de sus hombros  
y anidarse en sus manos.  
Los vio salir **en crescendo** en persecución de sus cantos.  
Cerró los ojos.  
Decidió imitarlos: plagiarles el impulso.  
Se arrodilló un momento.  
Encogió su cuerpo y sus brazos  
al interior del tronco y las ramas  
del árbol milagroso.  
Dio un salto.  
Logró que su afán de libertad  
aleteara con fuerza ganando centímetros y centímetros  
de altura.  
Y como en un parto,

siendo a un tiempo madre, hija,  
pero también partera,  
tras de quemar las naves  
del cordón umbilical,  
se evadió del **Xochitlicacan**,  
del paraíso creado a la medida de sus sueños  
y de las manos enmieladas y engañosas  
de Tezcatlipoca.

## Otro dios

Fue este el momento en que **Ehecatl**,  
que atravesaba el firmamento con su majada de nubes,  
la divisó en el punto en que ella se fugaba  
del ramaje  
con el mimoso gesto del perfume  
o el éxtasis volátil del copal.  
El señor de los vientos,  
nuevo dios seducido,  
como los otros dioses,  
a su afán seductor,  
crucificado por sus urgencias  
le abrió los brazos,  
la hizo suya,  
y **zuum** se la llevó consigo  
a un itinerario de puntos cardinales  
ofreciéndole, con el don de ubicuidad,  
el mapa detallado  
de todas y cada una de las partes  
que conforman el todo.

## Encuentros y desencuentros

Por eso, desde entonces,  
hay besos,  
abrazos,  
audacia y sus millares de ejemplares  
de caricias,  
entregas  
y cunas de  
vaivenes amorosos .  
Y también desencuentros:  
individuos que,  
tras el portazo que dio el alma de la amada,  
salen, con paso de perros callejeros,  
a las calles  
a mendigar caricias, miradas  
o vocablos sin letras enemigas.

## La obra de la diosa

Por ti, Xochiquetzalli, flor preciosa,  
hay amor en el mundo,  
hay abrazos, caricias y jadeos  
con sus compases húmedos.  
Por ti existe el desorden amoroso  
del carnaval de instintos:  
la subversión casera de la orgía  
y el tacto sin prejuicios posesivos.  
Pero, sacerdotiza de los tristes,  
también eres la fuente  
del beso arrodillado en el suspiro,  
de la pálida faz amenazada  
por la contradicción de sus ojeras.  
En fin, de aquella angustia  
que a veces nos embarga  
cuando, ay, la pesadilla del insomnio  
no nos permite nunca que las yemas  
de nuestros dedos tengan  
los párpados cerrados.

## PUNTOS DE VISTA

El fraile  
escribía y escribía  
su horrorizada descripción  
de los sacrificios humanos.  
La repugnancia y la ternura  
mezclaban sus fronteras  
en el raudal furioso  
de su tinta.  
La distancia entre la doctrina de Cristo  
y las prácticas sangrientas de la idolatría  
medía un océano,  
o abarcaba el espacio y el tiempo  
que va de la barbarie  
y sus jeroglíficos salpicados de sangre  
al lenguaje  
en que la razón se encuentra arrodillada  
ante el cuadro portentoso  
de la creación.

**Huichilobo**, el dios azteca,  
no podía ser  
sino un demontre,  
una de las encarnaciones del Maligno,  
que, a su paso por las tierras  
del Nuevo Mundo,  
había dejado,  
con su cauda de azufre,  
concepciones nefandas  
y prácticas infernales.

Anocheció.  
El fraile ya no atinaba a ver lo que escribía.  
Y como fueran desapareciendo  
las últimas pepitas de luz  
-pues no lograba ya  
ni distinguir la punta de sus pestañas-  
y como deseaba continuar su diatriba  
contra los sacrificios,  
acarreó su mesa de trabajo  
a la plaza pública  
hasta situarla  
a la luz de la hoguera  
que, en el Auto de Fe,  
masticaba y deglutía,  
con voracidad canónica,  
al hereje.

## LOS PARAÍOS

### I

Isagoge

El esqueleto alza en vilo la carne,  
la apuntala,  
le da el nombre de carne,  
la levanta ofreciéndola a los dioses  
o a otra carne encaramada también en su osamenta,  
impide que acabe por ser una de las innumerables cosas  
simplemente caídas  
u olvidadas de las manos (sin líneas de la vida) de Dios  
que se hallan regadas por el suelo.

Y sólo cuando el aliento se interrumpe  
y los pulmones van perdiendo el aleteo de las alas  
de la respiración  
-porque hubo un cataclismo en los riñones,  
el páncreas, el corazón o el deseo de vivir-  
la calavera sabe que va a convertirse en metáfora de la muerte,  
a hacerse una con su fatalidad,  
a ocupar su mismo sitio,  
o uno de sus sinónimos,  
en el diccionario de la fatalidad,  
en fin, a caminar con sus pasos encimita de sus huellas  
y a identificarse de modo tal con la interrupción de la vida  
que a nadie se le podría ocurrir  
buscarle el pulso  
-el aliento tocando percusiones,  
deletreando vida-  
en la muñeca descarnada  
de alguno de sus brazos.

Aunque se muera dulcemente  
acurrucado en los senos de la almohada  
o se acabe presa de convulsiones, jadeos, gritos  
en una lucha a muerte con sábanas que tienen  
pretensiones de sudario.  
los estertores de la agonía  
son las primeras palabras del esqueleto,  
o de la muerte,  
o del olvido,  
en su pugna de independencia,  
porque en el tuétano de los huesos  
se esconden, ay, las últimas voces de la vida.

Después, la tierra de la sepultura  
o el fuego de la incineración,  
destruyen inexorablemente  
-sin dar respiración artificial  
a nada de lo efímero-  
los vestigios óseos que,  
amantes de la vida,  
se esconden de la resta implacable  
del segundero  
que carga el devenir en su estructura.

En el humus,  
a más de las larvas,  
de millones y millones de gránulos de tierra  
montoneros y voraces,  
los gusanos,  
ápices de rapiña,  
delincuentes que operan en los peores barrios  
de lo invisible,  
se convierten en la orilla antropófaga de la carne,  
de una carne que,  
infectada por el virus del tiempo,  
de la enfermedad incurable del desahucio,  
entregó sus respiraciones,  
su infarto de sandalias clavadas al suelo  
y el funeral de su pulso  
a los dioses,  
y hoy inicia  
en el convoy de la carroña  
su jornada a la extinción,  
al polvo que se enreda en un olvido  
arrastrado por el viento...

La osamenta lucha por sacudirse,  
por desabotonarse  
la carne echada a perder,  
o echada a no ser,  
deseando que a la mayor brevedad  
atravesase los círculos infernales del mal olor  
y sea presa del proceso de limpieza  
del olvido.

Si el destino del cadáver no es abonar el suelo  
para hacerlo más productivo (con la materia,  
los cristales, el carbono, el oxígeno,  
las angustias y los sueños  
de los restos mortales),  
arrojando a su seno a los humanos  
que extraviaron lo porvenir  
en un corto circuito de la sangre  
o en el derrame cerebral del tiempo,  
sino que su futuro es el fuego  
y su bestiario de alta tensión,  
la cremación  
y su implacable canibalismo,  
la hoguera  
y su afán de masticar y masticar a sus víctimas  
hasta el hueso invisible del no ser,  
entonces,  
sólo entonces los humanos se tutean con la nada  
y se sumergen,  
naufagando hasta del cuerpo,  
en su desaparición de golpe o poco a poco  
en los tétricos abonos de la descomposición  
hasta ser hombres o mujeres a quienes se destruye,



quemándolos,  
con todo y huellas.

## II

Los aztecas pensaban que algunos hombres y mujeres,  
niños y niñas,  
privilegiados,  
escapaban de esta regla de bronce de la desdicha,  
de este destino emponzoñado,  
de esta macabra escena en donde actuaban  
la fetidez, los gusanos, el olvido,  
en una palabra, el elenco completo de la corrupción,  
y que, al morir, ascendían a uno de los ámbitos  
hechos para que los mortales  
se encuentren, haciendo regazo,  
en una gloria sin intermitencias,  
con frescura de oxígeno  
manos desbordándose a sí mismas,  
actitudes de ubicuidad.  
El paraíso es un mundo donde se fumigan  
las imperfecciones,  
en que los colores, y más el amarillo,  
son los principales terratenientes  
y donde las banderolas y estandartes  
que flamean llamaradas  
dicen que en sus litorales la poesía  
reduce a la prosa  
a un puñado de ceniza  
que se queja por no dar con sus alas.

...

Al este, en el **Ilhuicatl Tonatiuh**,  
“el cielo del sol”,  
iban los guerreros,  
los sacrificados  
-las criaturas del implacable, pétreo, sanguinario  
vientre materno del **techcatl**-  
aquellos que se dedicaban al trueque  
de plasma por tiempo,  
de corazones por la buena salud de las estrellas,  
de vida por una jubilación en el jardín de las delicias,  
un poder correr (o descansar) a pierna suelta  
o un arrojar a pestañear  
en la parte más mullida  
de la felicidad.

Ahí, en esa rapsodia en amarillo,  
se dedicaban, no sólo a la fiesta,  
a los arrumacos con su propio corazón,  
a recorrer los laberintos del deleite,  
también a grandes simulacros teatrales

de riñas, escaramuzas, batallas, contiendas  
que no se hallaban rubricadas  
por el sufrimiento y sus crepúsculos de sangre,  
sino que, en el festín de la fantasía,  
tenían al espejo como el principal de sus invitados  
y conferían el mando de las tropas en pugna  
a la señora belleza.

Cuatro años duraba la temporada  
de los guerreros en “el cielo del sol”,  
al término de lo cual,  
conducidos al cenit de su purificación,  
se precipitaban a la tierra  
en la forma de un chubasco  
de seres sobrenaturales  
que dejaba empapada de divinidad  
extensas regiones selváticas y agrícolas.  
Al llegar a tierra,  
los seres provenientes de “el cielo del sol”,  
se metamorfoseaban en tzinzones, colibríes,  
en aladas pilas de energía  
que se alimentaban no sólo del néctar de las flores  
sino del temblor que en ellas  
pone el viento.

...

Al oeste,  
ahí donde se presenta la exposición cotidiana  
de crepúsculos,  
donde el cielo se recubre de parvadas y parvadas  
de bostezos,  
ahí donde se prepara el sol a iluminar  
el mundo de las sombras,  
la cara oculta de la tierra,  
las cordilleras, planicies, ríos, desolaciones  
de la otra dimensión,  
incluso los depósitos de alpiste  
donde van a alimentarse  
las aves de mal agüero;  
ahí donde se presta a iluminar  
la forma de las manos que cambian al calor de sus designios  
del **Mictlantecutli**,  
y las uñas larguísimas de sus consecuencias,  
ahí donde se halla el paraíso **Cihuatlampa**,  
“lugar de las mujeres”,  
iban a dar las madres muertas en parto,  
que morían en la brega  
por dar a luz un niño, un nahoa, un guerrero,  
un depósito de sangre para dioses,  
una criaturita que cabía más en el corazón  
que en el vientre.  
De este paraíso, tarde con tarde,  
emergían las **cihuapipiltin**,  
las señoras,

con la temeridad armada hasta los dientes,  
a recibir al sol en son de guerra,  
a despojarlo de sus postreras energías  
y llevarlo en andas al ocaso  
y dejarlo morir en el pesebre  
de la noche.

Después se dejaban caer a la tierra,  
a los sitios despoblados,  
a las llanuras donde sólo deja oír sus ecos  
el silencio,  
bajaban  
con la cara enharinada por su palidez  
sin grumos reticentes,  
enfundadas en **huipiles**  
que realizaban, sugiriéndolo, un cuerpo pavoroso  
en pie de lucha,  
como lo hacen las enaguas  
con el pudor estratega  
de la carne en cueros.  
Eran las **cihuateteo**, las mujeres diosas,  
los espectros,  
los fantasmas,  
ánimas del más allá  
que infestan estas tierras,  
estos rumbos,  
en el meridiano exacto  
de nuestras supersticiones.

...

A veces **Tlaloc**  
-o algunos de los innumerables  
**tlaloques** en que se pulverizaba  
a conveniencia-  
se introducía de sopetón en los mortales,  
en sus vías respiratorias,  
en el naufragio exaltado de sus ojos,  
hasta que se formaba toda una inundación  
en los entresijos de estos seres,  
y los varones y las hembras  
tomaban a sorbos,  
a estertores,  
el trago amargo  
de la asfixia.

Los ahogados,  
los muertos por un rayo,  
los embarcados en la zozobra,  
los reclamados por el fondo del mar,  
los que servían de alimento a los gérmenes de tiburón  
de las pirañas,  
a las marejadas asesinas, contagiadas de lagarto,  
o a los peces-caníbal,  
reaparecían en el **Tlalocan**,

el paraíso de **Tlaloc**  
a restañar sus heridas y a desactivar sus miedos.  
Y allí disfrutaban de la paz,  
del reposo  
y del trabajo:  
sus sienes se sumergían  
en la almohada de plumas de la confianza  
y las manos hacían y deshacían,  
sin inquietud alguna,  
sus ademanes  
mejores.

Tierra fértil,  
abundante,  
riquísima,  
al cuidado nervioso del agua,  
del agua solícita,  
partera;  
tierra llena de plantas, flores, frutos,  
y una nube de pájaros dedicados a picotear  
las partes más dulces  
de la naturaleza.

El **Tlalocan** no encerraba a sus pobladores  
en el cuarto oscuro de la noche,  
no los hacía súbditos de la negrura,  
no los obligaba a entrar a un recinto  
que se abriese como la descomunal boca de lobo  
por donde aullara el viento.  
Pero en él tampoco imperaba  
a todo volumen,  
la luz del sol,  
la luz intrusa,  
la incineradora de secretos,  
la que, como el agua con el ahogado,  
cada vez que abrimos la boca  
se nos mete hasta los tuétanos...  
El **Tlalocan** se hallaba bajo la luz  
de ese sol demacrado y enfermizo,  
pálido y ojeroso  
de la luna.  
Si al iniciarse la noche  
el sol se arroja hacia el **Mictlán**  
(para que los huesos salgan del anonimato),  
al iniciarse el día  
la luna se esconde en el **Tlalocan**  
(**Tlaloc** es el padre  
de la luna)  
y así, sus habitantes pueden vivir discretamente,  
tomar baños de luna,  
hacer el amor en los parques,  
y salir de la mano  
a pasear con la poesía.

...

En el décimo tercer cielo,  
en el mismo lugar en que la parte y la contraparte  
del **Ometeotl**,  
el dios de dioses,  
jugaban perpetuamente a las vencidas  
o en que la unidad y lucha de los géneros  
no era sino el forcejeo incesante,  
siempre redivivo,  
para dar con el tálamo  
en que ambos quedarán encinta  
de una esencia común,  
se hallaba el **Chichihuacuahco**,  
el sitio en que existía "el árbol nodriza",  
otro de los paraísos  
al que podían ir a dar  
o a rehacerse,  
los individuos que fallecían,  
que los ahogaba un suspiro  
o que quedaban desbaratados.  
Aquí acudían los niños muertos,  
aquellos a quienes se atragantaba la vida,  
a quienes se había robado el futuro,  
a quienes se había dejado en cueros de itinerario,  
a quienes se les quebraban los pies  
habiéndose dejado apenas a su nuca  
la matriz fatigada.  
En este paraíso todo era tierno y acogedor:  
los insectos que volaban,  
las flores que ensayaban siempre el mismo ballet  
y el viento mismo que se vivía deletreando su propio nombre,  
se pasaban todo el santo día  
teniendo ademanes maternos.

El mar no llegaba a las playas  
vociferando guturales y salpicando rumores,  
sino cantando canciones de cuna  
olorosas a leche  
o regando la costa  
con conchas, caracoles y pezones  
de diferentes formas, colores y temperaturas.  
Todos los lugares de este paraíso  
no sólo se llamaban lugares,  
sino que también se llamaban regazos.  
Los cuatro puntos cardinales  
lucían instinto maternal  
y la naturaleza en su conjunto tenía la encomienda  
de ser un jardín de niños  
con manos que salían de todas partes:  
de la maleza,  
de los huecos de los muros,  
de las piedras  
o de los troncos de los árboles,  
para atender,  
lavar,

llevar consigo el modelo para armar  
de un arrumaco  
o doblegar la rebeldía de los cabellos infantiles  
con la pomada  
de la caricia.

Y al centro de todo se hallaba,  
con su presencia de matrona  
sujeta a la raigambre, pero ubicua,  
el árbol de la leche,  
el árbol floreciente de glándulas mamarias,  
el árbol que naciera de una pequeña simiente  
que incluía entre sus elementos constitutivos,  
en su compendio de bosque,  
esencia de nodriza.

El **Chichihuacuahco** había sido construido por los dioses  
para tener,  
en esa incubadora sideral perfecta,  
un remanente de niños,  
un panal de gotitas de miel,  
un almacén de porvenires nonatos,  
una reserva de hembras y varones  
por si acaso.  
Por si acaso  
se descompusiera el mundo,  
las aguas se devoraran a la tierra,  
el cielo, prendido de alfileres,  
volviera a desprenderse,  
el desorden saltara de la conspiración  
al golpe de mano  
y los hombres, temerosos,  
corrieran al **Mictlán**  
a esconderse del horror ambiente  
adentro de sus huesos.

## EL MICTLÁN

Los **macehuales**,  
tras de dejar en su camastro  
el cadáver de su último suspiro  
y algunas menudencias  
de memoria,  
dirigían sus pasos  
al reino de los muertos,  
al **Mictlán**,  
llevando en su esqueleto  
sólo el poco de carne  
que buscaban pasar al más allá  
de contrabando.

Después de dar con alguna de las muchas trampas  
que oculta un lecho  
(el áspid de un infarto  
o la lanza hundida hasta la empuñadura  
de una angina de pecho)  
y vivir en sus ojos ya tapiados  
el inicio  
del desmoronamiento de los párpados,  
dirigían sus pasos sabuesos  
a su destino  
tras de olfatear y olfatear  
su móvil,  
su sueño,  
su propósito  
que son prendas  
de su meta  
escabullida hacia el futuro.

## Primera prueba

Apenas desembarazados de sus estertores  
-olorosos a mundo todavía-  
a los muertos,  
ambulantes,  
se les llenaban de líquido  
los ojos;  
pero no por el afán  
de tornarse su propio deudo  
y llorar,  
a desconsuelo tendido,  
su propia expiración,  
sino porque tenían frente a sí,  
largo,  
amenazante,  
bullicioso,  
el **Apanoayan**,  
“donde está el vado del río”,  
la caudalosa corriente  
con que se inicia el reino de los muertos.  
Allí se dirigían.  
Allí.  
A su único punto cardinal.  
Allí tenían que ir a buscar  
a tientas,  
con las yemas de sus dedos  
parpadeando,  
la ruta laberíntica al reposo.  
Allí tenían que echarse al agua  
como si se tratara de alguna de las piedras  
del puente que en el antiguo relato de otros tiempos  
unía las dos orillas.  
Allí escuchaban las llamadas del otro lado,  
voces en el idioma familiar  
de la promesa:  
catecismo de todo purgatorio.

Si los muertos no podían vadear el río,  
si, al avanzar en su nado,  
a mitad de su empeño y del torrente  
se desesperaban y se deshacían en lágrimas  
-como una barquichuela que hace agua-  
y tenían que retroceder hasta instalarse  
sobre sus huellas secas,  
estaban condenados a quedarse en este mundo,  
en el aquende,  
como ánimas trashumantes  
dedicadas al trabajo diario,  
al oficio,  
a la profesión  
del espanto.



Por eso, para ayudarles,  
para disminuir el índice demográfico de espectros en la tierra,  
los deudos, los sobrevivientes, los miedosos,  
sepultaban al muerto en compañía  
de un **techtli**,  
un perrito con un lomo de color leonado  
(lienzo con pinceladas de valentía),  
gran nadador,  
que ayudaba al difunto a pasar  
de la orilla de los párpados abiertos  
a la orilla en que los ojos parpadean  
tan sólo telarañas.

Al terminar ésa, la inicial  
de las nueve pruebas a que sería sometido,  
el peregrino dejaba a su espalda  
el culebreo del **Chignaguapan**,  
otro nombre de este río,  
que, pese a cambiar de piel  
con toda sangre fría,  
y dejar el pellejo del remanso  
a sus espaldas,  
no pudo, al readquirir su furia,  
hincar en el cuello del nadador  
sus colmillos chorreantes de ponzoña,  
porque la mala intención  
que flotó por un tiempo entre la espuma  
fue arrastrada también por la corriente.

## Segunda prueba

El muerto proseguía su camino, su búsqueda,  
su empeño de avanzar por los linderos  
más accesibles de su afán.  
Y después de varios días de caminar a salto de mata,  
a brinco de piedra,  
sin detectar las voces casi inaudibles  
del instinto de orientación,  
daba de pies a boca,  
con el lugar llamado **Tepeme Monamictia**,  
con dos montañas  
que se hallaban frente a frente,  
que no podían dejar de mirarse una a otra,  
arrojándose de cuando en vez  
manojos de yerbabuena,  
encarnando el resultado de una historia  
no de todos conocida:

En otros días  
la diosa **Mictecacihuatl**  
vio con malos ojos esta montaña  
porque se codeaba con las nubes,  
se tumbaba a jugar con las estrellas

y no inclinaba la cerviz  
al paso de las palabras mayores.

Puso la mano en forma de puñal de obsidiana,  
la blandió de arriba abajo,  
pronunció no sé qué palabras  
y el monte quedó partido en dos,  
en un par de porciones dedicadas a suspirar,  
a luchar por reunirse de nuevo,  
a buscar el puente, la amalgama,  
las palabras que empezaban a pronunciarse  
en una parte del monte  
y terminaban de decirse en la otra.  
Se pasaban días enteros  
meditando en cómo dar un salto  
hacia la primera  
persona del plural.  
Y a veces lo lograban:  
en ocasiones,  
en un lapso que duraba lo que dura un orgasmo,  
se tocaban,  
se enviaban caricias de polvo,  
se unían en algún escalofrío,  
cantaban a dos voces el principio de identidad  
y pensaban hallarse en los pródromos  
de la felicidad, cuando...  
cuando la diosa **Mictecacihuatl**  
volvía a escindir la montaña  
y a refocilarse con su división.

El muerto sometido a pruebas,  
tenía que atravesar,  
entre las dos montañas,  
cabalgar en su prisa desbocada,  
poner el corazón en polvorosa,  
porque si no...

Antes de ello era indispensable  
sentarse a la sombra de un árbol,  
secarse con un pañuelo  
las dudas en la frente,  
calzarse los pies más ligeros,  
medir distancias con los ojillos de pájaro  
de la temeridad  
y permitirle a los cerros asir  
tan sólo la polvareda  
dejada por el muerto a sus espaldas.

Al unirse, los montes  
en vez de dar a luz  
al niño de brazos de una polvareda común,  
frecuentemente lo que hacían  
era deshacer,  
romper,  
destartalar,

al peregrino incauto.  
Por eso, el que salía avante de la prueba  
y llevaba en su morral trocitos de amaranto,  
se iba dándole mordiscos  
a su alegría.

### Tercera prueba

Continuaba su marcha.  
Y de pronto aparecía, en un recodo de la ruta,  
gigantesco,  
llenando los cuatro puntos cardinales del ojo,  
hurtándole tamaños al viandante,  
el **ltztepetl**,  
un cerro erizado de pedernales,  
escarpas,  
peñascos,  
resbalones.  
Y había que escalarlo,  
pisotear su cúpula,  
robar la soledad de las estrellas  
y bajar por las faldas del sitio opuesto  
sin resbalarse,  
sin tropezar con alguna piedra  
de mal agujero.  
Monte de obsidiana,  
se erguía como una ilusión,  
un imposible,  
un reto  
que se refugia a veces  
entre el pie y la sandalia  
del peregrino,  
para esa vocación alpinista  
que no es sino el arranque,  
el primer tramo,  
el escarceo  
de la pasión  
por la astronomía.

### Cuarta prueba

Si lograba su intento,  
si el difunto se sentía impelido  
por la brisa del entusiasmo  
que soplaba sin reposo a sus espaldas,  
si decidía proseguir su ruta  
de puntos  
y pupilas  
y guijarros suspensivos,  
entraba sorpresivamente al **Cehuecayan**,  
a los ocho páramos  
en que está siempre nevando,  
en que la soledad aúlla por el frío,  
habita y recorre estos lugares  
donde las flores exhalan vaho,

los árboles tiritan  
y el viento corre al crepúsculo  
a calentarse las manos.

El viandante que logra llegar hasta aquí  
debe saber cómo aguantar,  
sin que el ánimo se le llague de tarántulas,  
y sin que en su pecho se oiga  
cómo castañetean las palpitaciones,  
los gruñidos del cierzo,  
los zarpazos del granizo.  
Debe pasar de prisa,  
cabalgando a dos piernas  
su trote,  
su galope,  
su correr ya sin riendas, que levanta  
las crines de su propia polvareda,  
y pugnando porque los copos de nieve  
que se van enredando en sus pestañas  
no se vayan de pronto a evaporar,  
tornándose de golpe en cataratas,  
y poniendo a sus ojos callejones  
sin salida .

#### Quinta prueba

El hombre continuaba a campo traviesa,  
por llanuras,  
alcores,  
congojas  
y por el desfiladero  
que impartía  
su perpetua cátedra de abismo  
y ponía entre signos de admiración  
el corazón con arrojo  
del peregrino.

Se cuidaba de dar un traspies  
con el pedrusco invisible de su precipitación,  
deshojaba la rosa de los vientos,  
y proseguía su ruta  
hasta dar con el **Itzehecayan**,  
los ocho coyados donde sopla un viento helado,  
cortante,  
que diríase parvada de cuchillos afilados  
que cercena todo lo que sale a su paso,  
todo lo que alza cabeza,  
todo lo que osa ser.

El peregrino tiene que planear  
la maraña de sus pasos.  
Agacharse.  
Olfatear los aromas del allende.  
Caminar a cuatro patas  
como el simio

que al desprenderse del árbol  
es un fruto de sabor amargo,  
ya con sospecha de hombre.

Reptar a ras del suelo,  
en la conciencia  
de que las serpientes,  
bajo el rugir de las ráfagas cortantes,  
afiladas en quién sabe qué piedra sanguinaria,  
son las únicas bestias  
que escapan de la vocación homicida  
del huracán.

Arrastrarse a ras de la cautela,  
con el ojo avisor a pie de párpado,  
pero avanzar,  
seguir las instrucciones del zapato,  
cargar su utopía a media frente,  
ganar terreno  
y dejar a sus espaldas  
las batallas-contra-sí-mismo  
de un viento sacado de quicio,  
arremolinado,  
hambriento y sin presas,  
mordiéndose la cola,  
tornado sobre sí.

### Sexta prueba

A pesar de su apariencia:  
oscuridad relativa, casi nula,  
como el café  
puesto a raya por los bramidos  
de la leche;  
riachuelos que se ríen  
del gesto adusto y malhumorado de las piedras;  
árboles que platican en silencio  
con el ir y venir  
de la paloma mensajera  
de su telepatía,  
en **Tecoylehualoyan** hay un sitio  
no menos pavoroso:  
aquí hay una maleza exuberante,  
un bosque en que lo verde y el pavor  
bailan su carnaval y hacen su agosto:  
la mirada abre los brazos a lo verde  
que aquí está iluminando a la belleza,  
pero los corazones  
-tiritando latidos- se congelan  
y el dedo sobre el labio del silencio  
hace que los rumores,  
los castillos de arena y de saliva,  
los murmullos, las palabras  
se ahorquen en la punta de la lengua.

No es menos pavoroso  
porque algo siniestro,  
hórrido,  
nefando  
se rumorea de él,  
y los los rumores,  
esas voces sin garganta,  
sugieren,  
chisporrotean,  
gritan que en este punto  
vive un tigre entre los matorrales  
que busca deliberadamente  
confundirse con ellos:  
tras del rosal sus ojos  
pasan por ser dos rosas parpadeantes;  
sus uñas contráctiles permanecen  
al parecer pacíficas y quietas  
fingiendo montar guardia en algún tallo  
como cualquier espina;  
lo negro y lo amarillo de su lomo  
parecen ser las huellas de una noche  
a codazos sacadas por el sol  
de su palacio oscuro;  
sus colmillos que a veces parecieran  
destilar una gota de saliva  
semejan ser algunas de las puntas  
de esas hojas que sueltan  
rocío mañanero,  
sus bigotes, en fin,  
entre las telarañas se confunden,  
y, como ellas, esperan  
que les llegue el momento.,  
y el ron ron persistente,  
con que se motorizan sus entrañas,  
cuando está saboreando a pleno sueño  
sus víctimas posibles,  
diríase el sonido monocorde  
de la fuente.

Pero el tigre,  
aunque se confunda con su entorno,  
se halla allí;  
aunque imite a los insectos  
que esperan, verdemente,  
quietecitos, ser tomados  
como partes de un tronco,  
puestos fronterizos de su clorofila  
o tallos puestos solamente a florecer,  
se halla allí;  
aunque finja encontrarse destrozado  
con sus miembros, sus partes, sus sentidos  
dispersos por el bosque  
y parezca, en el ambiente,  
un rompecabezas sin armar,  
con sus piezas entregadas

a una guerra intestina, se halla allí. Se halla allí  
como monarca de sus latitudes,  
cambiando de nombre de repente,  
llamándose en veces sospecha,  
en ocasiones amenaza,  
y de común colmillos tras la carne  
o desgracia irremediable.  
El tigre se halla allí,  
a golpe de garra. No es una bestia pacífica,  
soñadora,  
es carnívora y violenta  
-su olfato es una amenaza mortal  
paracualquier tyrozo de carne  
distráido-;  
pero ya no consiente otro alimento  
que el corazón humano:  
ha adquirido predilección por las ansias,  
las ensoñaciones, los cánticos de libertad,  
las esperanzas que en él pululan.  
En fin, por el relleno  
de la víscera.

No puede permanecer un día sin localizar a su presa  
en algún punto de su pupila.  
La presiente, la sabe a la vuelta de su espera,  
la acecha. la sigue, sin mover sus patas,  
con el sigilo del reojo.  
Tiene devoramientyos ideales, anticipados, enfebrecidos  
en el estómago.  
Ratonera del Mictlán, el estómago,  
extraviadfo en la flora y en la fauna  
de un hambre insatisfecha,  
se encarama al delirio de la gula  
y hasta llega a sufrir la pesadilla  
de un desmoronamiento de colmillos  
en una dentellada.

Piedra de sacrificios viviente,  
salta sin titubear sobre su víctima;  
sabe que el lugar en que reside  
su bienquisto manjar  
siempre se halla en el rumbo de esa carne  
donde va a refugiarse todo el miedo.  
Pero el felino sufre de mala vista:  
confunde un girasol con un canario mudo,  
piensa que a la orilla del río,  
plagada de lagartos,  
hubo una tala de árboles,  
ve con temor a veces  
la liana del ramaje, creyendo  
que su punta se encuentra envenenada.

El viandante difunto  
carga una piedra de jade en su mandíbula  
-puesta ahí en sus funerales

como postrero bocado de esperanza-  
para que el felino, que se alimenta de corazones,  
la confunda con uno.

El peregrino se presenta a su enemigo,  
mostrando,  
no mostrando  
lo que trae entre dientes  
y saboreando con gusto su estrategia;  
mantiene la ilusión  
de que en los inseguros ojos del tigre  
el jade se ponga a madurar  
-a ganarle el rojo al verde-  
y también mostrar una suerte de latidos  
debida a su castañeteo de dientes,  
y así finja ser de cabo a rabo  
el fruto pectoral,  
el hondo seno, rebosante de jugo,  
que sale a la intemperie  
a la búsqueda de que alguien  
se ponga a amamantarlo.

Y cuando el tigre,  
tras de arrojarse sobre su presa,  
regocijado,  
encuentra el mentido corazón,  
se lo pasa de una garra a la otra,  
lo sigue con los ojos,  
mide su espesor,  
se imagina, sopesándolo,  
el tamaño de su placer futuro.

Y en eso... se descuida. Se distrae.  
Le dice palabras amorosas  
a su estómago,  
antes de que lo invada la sorpresa y el enojo...

Y entonces, pulso en mano,  
el viandante decide  
poner los pies,  
y el ánimo,  
y la brújula  
en polvorosa.

¡Y hete aquí la oportunidad  
de salvar ríos,  
arenales,  
grutas,  
despeñaderos por los que se viene abajo la avalancha  
de sus pies en fuga!  
Y también,  
desde una prudente distancia,  
de ver el peligro dejado a lo lejos  
-el huracanado enojo de la bestia-  
ya, por fin, desactivado,  
como una amenaza de juguete,



un borrón sin cuenta nueva,  
y aunque cada vez más furioso,  
volviéndose pequeño, minusculoso ,  
inofensivo: un incidente en el espacio.  
El viajero deja a sus espaldas  
ese recuerdo indeleble en que algo de las huellas  
rehusa separarse  
de su pie.

### Séptima prueba

En el lugar llamado **Apanhuiayo**  
vivía el agua negra,  
agua de malas entrañas  
y de pocos amigos.  
¿Dónde estamos?  
En la región más oscura y abisal  
del reino,  
en que los buitres engarrotados en su rama  
resultan la parte menos triste del paisaje.  
El agua de la laguna es tan negra  
como aquella en que se bañan los niños ciegos.  
De vez en cuando,  
el viento se acuerda de soplar  
y, dispersando a todas partes  
la polvareda de las doce de la noche,  
se desliza sobre la laguna  
inquietando  
en inestables reacomodos  
los témpanos de la negrura  
y barriendo hacia el barranco  
ascuas de luz intrusa y obsesiva.  
Se trata de la parte más oscura del **Mictlán**.  
Lugar donde los grises  
son los únicos que hablan,  
por aquí, de lo blanco:  
rendijas nada más  
para una audacia,  
mediocre disidencia.

A todo, se descubre,  
chapoteando en sordina,  
una excepción:  
la verde lagartija de pupilas en llamas,  
que se desliza en pianísimo  
-como una h muda entre la algarabía  
de otras letras-  
sobre el agua pautada...

Diversas formas usa la bestia  
para vencer a su víctima:  
primero, con el carbunclo de sus ojos,  
la mira profundamente  
hasta que, hipnotizándola,

le mutila los pasos,  
y hace que se pierda en el laberinto  
de su sentido de orientación enmarañado.

Y así como el imán  
tras de atraer a su objeto,  
conserva, en su superficie,  
esquirlas o virutas de metal,  
los ojos de la bestia se quedan,  
después de inmovilizar a su presa,  
con virutas de voluntad vencida,  
con muñones o carnezuela  
de brazo heroico.

Después  
suelta la lagartija por sus fosas nasales  
una humareda narcotizante  
Se trata de un humillo que transforma  
las mariposas en flores  
(que sueñan en su propio aroma),  
los pájaros en frutos  
-pájaros dulces, sí, pero con las alas cercenadas  
y en el suelo-  
y los hombres en esculturas  
como inmovilizados para siempre  
por la soberbia de las encrucijadas.

A continuación, con su lengua retráctil,  
toma del cuerpo de su presa  
pedazos de carne,  
los ensaliva,  
los enclaustra en un pronombre posesivo,  
y se los zampa  
para después devolverlos convertidos  
en lagartijas,  
en la progenie vasta,  
ruidosa y voraz que ostenta ya  
los primeros brochazos de lo verde  
y en aquella morralla o etcétera de reptiles  
que navegan tras su madre  
estudiando sus pasos y festejando  
sus gestos homicidas,  
y que van a su espalda  
diciendo con chillidos que el infortunio  
no tiene en este lago ni el riesgo,  
ni las lagartijas,  
ni las horas contadas.

Algunos, sin embargo, se escabullen.  
Sabén, sienten, olfatean la presencia del reptil  
en los alrededores de su cuerpo  
y en los bordes del alma..  
Pero no yerguen la vista,  
aunque un trino les hable  
de un surtidor de flores hacia el cielo.

Caminan con los párpados convertidos en escudos,  
entrecerrados,  
como queriendo esconder en lo invisible  
a los viajeros  
y con las miradas arrastradas por el suelo  
como el soldado vencido.  
Rehuyen ser hipnotizados, adormecidos, deshechos.  
Se agachan y se ponen a salvo  
del ojo,  
del narcótico ambiente  
y de la lengua  
del peligro.  
Corren.  
Se vuelven **tlatoanis**  
de sus pies,  
le dan a sus sandalias carta abierta  
hasta llegar al fin  
a la sierra madre de la seguridad,  
al collado en que su corazón  
recoge su ganado de latidos,  
los encierra en el pecho  
y permite que ahora salgan de él  
tan sólo uno por uno...

### Octava prueba

La frente del difunto. Ahí graba el destino  
los garabatos de su decisión:  
el sendero, por ejemplo, en el que yerra,  
conduce inexorablemente a la planicie  
de **Chiconahuapan**,  
donde bullen nueve ríos que se entrecruzan,  
como en un nidal de serpientes,  
intercambiando espumas, encolerizamientos,  
ahogados,  
y en que el viajero tiene que pasar por estrechos lugares  
entre piedras. Los ríos son torrenciales,  
con agua envenenada por el movimiento,  
con un fondo tan profundo  
que ni un árbol parado de raíces podría tocarlo  
y sacar su frondaje a respirar  
o a florecer miradas hacia el cielo.  
El agua inestable, turbulenta, impredecible,  
no consiente ningún lanchón,  
canoa, trajinera  
o nadador confiado  
en la seducción que ejerce la otra orilla  
en sus brazos, sus piernas, sus fosas nasales.  
Entrar al agua es bautizar la niñez  
del naufragio,  
hacer que la búsqueda de la recompensa  
que da el **Mictlantecutli**  
-colgar en el pecho la medalla  
del propio corazón-  
termine, derrotada, en el fracaso.

Un agua tan furiosa,  
tan amarga,  
tan carnívora,  
hace que los peregrinos,  
los muertos,  
los que buscan el galardón del descanso,  
de las manos crucificadas en el pecho,  
del borrón sin cuenta nueva,  
prefieren ir por difíciles lugares  
entre peñascos,  
con mirada de insecto,  
olfato de libélula, radar de pezuña.  
Tal vez el ánimo flaquee.  
Tal vez pierda el viandante  
las últimas estrellas de su alforja  
tras de saltar sobre una madriguera  
de ortigas.  
Tal vez se le rompan las sandalias  
o los ánimos.  
Tal vez, deshecho en sollozos,  
viva el pleamar del llanto.  
Tal vez su caminar hacia la meta,  
con cefaleas de polvo,  
se desorienta,  
pierda el sentido,  
se maree en los laberintos del apremio,  
se astille la frente en un callejón sin salida..  
Quizás el culebreo de la ruta  
formada de guijarros,  
lascas,  
guijas,  
hinquen sus colmillos y el veneno del extravío  
en el calcañar  
del viador alucinado.  
Quizás al caminante no le falten la ruta,  
ni la meta,  
ni el sueño,  
sino sólo los pies,  
la atmósfera del ir,  
cachos  
de geografía.  
Tal vez.  
Quizás.  
No es imposible.  
Pero también el peregrino  
puede salir triunfante:  
dar, en el día más pensado,  
con el pasadizo secreto,  
que discurre por la cara oculta de lo obvio,  
con la atalaya  
en la cual el presente es el vigía  
que mira a sus espaldas la estela de una marcha  
y con su frente en alto  
que rompe con la quilla

de su obsesión  
los vientos del futuro.

### Novena prueba

El viandante llega al fin  
-al fin finado-  
al final de su camino...  
Lugar en donde ondean las banderas,  
cantando a voz en cuello la victoria  
del aire -que es el único que goza  
del don de ubicuidad en este mundo;  
en donde el ruido abandona su capullo  
para volverse música de seda,  
en donde el tecolote  
halla en ciertos silencios el momento  
de que salga el cucú de barro de su entraña  
con todo y partitura  
y se sume al estruendo  
que hacen los cascabeles, las sonajas  
y el pájaro que entona un rascacielos  
de trinos procesados por las nubes  
hasta volverlos lluvia  
tintineante.

**Chignahumictlán** se llama este paraje  
del reino de las sombras,  
Aquí el **Mictlantecutli** y su comparte  
miran a los viajeros,  
los ven de arriba abajo,  
les revisan su cuota obligatoria  
de proezas  
y dan su veredicto...

Aquí los númenes reciben  
presentes que les llenan de entusiasmo:  
rodillas convertidas en polvo,  
manos que han amasado sus propias llagas,  
sufrimiento que lleva a arañar las paredes.  
Sumisión absoluta.

A quienes han salido victoriosos,  
los dioses ponen en sus sienes  
la presea máxima que se puede hacer  
al hombre fatigado: la paz del reposo,  
la anulación del tiempo y sus hormigas,  
el descanso de sí.  
Aunque en algunos es la sala de tortura  
de la espera,  
el **Mictlán** es entonces también un paraíso,  
o mejor: los andenes  
para entrar al paraíso

Esta mitología  
habla de que a los hombres les espera  
doblemente morir:  
primero como humanos  
y después como espectros  
que se ponen a no ser,  
que sienten cómo cae,  
se desmorona  
el esqueleto anímico  
que carga, para ser, todo fantasma...

Con la primera, muerden el polvo  
y cambian el contenido de sus pulmones;  
con la primera, en su boca asfixiada,  
sólo conserva la invisible respiración  
de los gusanos;  
con la primera,  
el eco de sus últimos latidos  
abre en el pentagrama de ultratumba  
la clave musical  
para el rumor inaudible del silencio;  
con la primera, en fin  
-cuando la cárcel del cuerpo  
se torna el más vesánico de los torturadores-,  
el preso se hace prófugo y la cárcel  
encuentra en unas ruinas de carroña  
su vocación de huella.

Con la segunda, los hombres  
son ánimas noctívagas,  
flores que baten los pétalos  
hasta liberarse de sus raíces,  
meditación sin jaqueca,  
ideas fijas, terquedades, delirios  
sin cerebro.  
Dolor de cabeza que perdura en el ahorcado.

Con la segunda,  
el sentido del viaje  
no es pasar de una alcoba a otra,  
sino arrojarse por la ventana.  
Ya no es tener estertores de capullo  
para volverse mariposa  
de alas negras,  
libre al fin,  
sino aletear, con cada vez más cansancio,  
o con alas que se van poco a poco empequeñeciendo,  
hasta hallar, en la flama,  
su parálisis, su frenazo, su infarto  
de ceniza.

El **Mictlán** no sólo abarca los litorales del otro mundo,  
sino que es el gran hacedor de fatigas,  
el gran orfebre de entusiasmos arrepentidos,

de pesimismos carismáticos,  
de desánimos militantes,  
de alaridos a la luna  
de quienes piden de rodillas  
ya no ser.

Aquí ocurre lo mismo que a lo largo de un día  
común y corriente:  
en cierto momento  
-a veces por la tarde y las más por la noche-  
cuando el reloj  
a campanadas  
da el cansancio,  
al vigor se le entristecen los ojos,  
los músculos piden llorando los abiertos brazos  
de algún catre,  
las palabras bostezan  
y el corazón se arroja  
al primer regazo de almohada  
que salga a nuestro encuentro.

Cada prueba,  
cada estancia,  
cada trabajo,  
le roba a los manos y al empeño,  
a las piernas y a la parte vigía del atisbo,  
raudales de energía,  
de afán en pie de guerra,  
como si buscara la metamorfosis  
-ya con paso muy lento -  
de la liebre y su rastro en polvorosa  
en la tortuga frenada por su pobre entusiasmo.  
Los hombres,  
los difuntos ambulantes,  
cada vez son más y más fantasmas  
en una evolución tendiente a cero.  
La autoconciencia en ellos se hace espanto.  
El recuerdo de la vida  
se les va desmoronando  
como la jaula rota, empobrecida,  
que deja a sus espaldas  
el pájaro en su fuga.

Hacedor de cansancios,  
de manos convertidas en muñones,  
el **Mictlán**  
hace que todos se desvivan por,  
busquen,  
sueñen,  
corran hacia  
el descanso,  
el dormir definitivo,  
la pupila dilatada hasta integrar  
la noche eterna,  
los latidos inmolados en el pulso

cuando la partitura es arrugada y derruida  
por el silencio,  
la mirada se evapora de los ojos,  
el tacto se derrama hasta la tierra  
y en la almohada el no ser halla su hueco...

Oh **Mictlán**

tu mundo es la antesala de un descanso  
paradisiaco, tierra prometida  
a quienes ya no pueden con su cuerpo,  
ni tampoco con su alma.

Un paraíso más, el más redondo,  
perfecto y acabado,  
en el seno del cual  
se extiende,

dulce,

tierno,

amoroso,

con su gesto de abrazo maternal,  
el eterno regazo de la nada.



## INDICE

Homo faber  
Mitología del tiempo  
    Proemio  
    Primero sol  
    Segundo sol  
    Tercero sol  
    Cuarto sol  
    Interludio  
    Quinto sol  
    I  
    II  
    III  
    IV  
    V  
Sol de agua  
Reflexión  
En Teotihuacan  
La caída  
La interrupción  
Apoteosis Monólogo de Quetzalcoatl  
Sinonimias  
Teofagia  
Treno  
Oda al espejo  
Aguamiel  
Al amanecer  
Una huella  
En manos de Tlaloc  
Verbo  
Etimología  
Ir al rescate  
Nuestro Señor Desollado  
I  
II  
III  
IV  
V  
Lo de siempre  
Xochitl  
Pecados  
Xochiquetzalli o la fuga del paraíso  
    Del beso robado y otras iniquidades  
    El flechazo

El estratega  
Las torpezas de un amante  
El blanco  
La graciosa huida  
De pies a boca  
Deseos  
Inseguridades  
La cárcel  
La prisionera  
La patria  
Imperio y cárcel  
Un árbol  
Inquietud  
La fuga  
Otro dios  
Encuentros y desencuentros  
La obra de la diosa

Puntos de vista

Los paraísos

I Isagoge

II

El Mictlán

Primera prueba  
Segunda prueba  
Tercera prueba  
Cuarta prueba  
Quinta prueba  
Sexta prueba  
Séptima prueba  
Octava prueba  
Novena prueba